

Federico



Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

Fernando Olavarría Gabler nace en Santiago de Chile el 5 de Abril de 1929. Estudia Medicina en la Universidad de Chile y se recibe de Médico Cirujano en 1955, dedicando más de cincuenta años a su profesión. Además de sus actividades médicas proyecta su capacidad creativa en el arte de la pintura y la literatura. Es autor de la serie de 44 cuentos infantiles “Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos” que acompaña con sus propias ilustraciones a color, y de la serie de 116 “Cuentos para entretener el Alma” también con ilustraciones propias. En 1987 es premiado en el Concurso Nacional de Poesía y Cuento Infantil. En 2007 publica, en formato e-book, la totalidad de sus cuentos en www.cuentosdefederico.com. Actualmente continúa escribiendo mágicas historias y pintando en la ciudad de Viña del Mar.

© Fernando Olavarría Gabler, año 2016.

“Pin Pin”

Registro de Propiedad Intelectual N° 37.100

ISBN 978-956-353-989-9

Texto e ilustraciones: Fernando Olavarría Gabler

Diseño de edición: Jaime Ibarra Arancibia

Traducción al inglés: Paz Allendes Salinas

Impreso por ORGRAF IMPRESORES, Viña del Mar.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Federico

Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

Edición en español e inglés

*Para mi hijo Federico
con el gran cariño de su padre.*

Introducción

El na joven pareja de recién casados vivía en una antiquísima ciudad sudamericana.

Un domingo en la tarde decidieron salir de paseo. Ese día no tenían dinero; sin embargo se encaminaron hacia el mercado. Éste estaba construido de piedra, lucía hermosos portales de estilo español y sus cimientos de origen inca permanecían intactos a través de los siglos. Cerca del arco de piedra por donde se entraba, había una vieja mendiga que, en muda actitud estiraba su brazo pidiendo limosna. Los jóvenes pasaron junto a ella y ante la obstinada y monótona petición de la vieja, el esposo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, los tiró hacia afuera para demostrar que estaban completamente vacíos. Iban a continuar su paseo cuando la señora sintió un rasguño en una pantorrilla; miró alarmada hacia abajo y observó cómo la mendiga le hacía en la pierna la señal de la cruz con un dedo. Luego, sacando de una manga una crucecita de madera se la ofreció. Ella no sabía qué hacer y después de mirar a su esposo la recibió sonriendo.

La vieja indicó hacia el horizonte y la pareja, al mirar el cielo, vio un crepúsculo fantástico. El Sol, como un disco de oro líquido fulguraba en cientos de matices incandescentes, rojos, naranjas, amarillos, verdes y celestes. Era tan grandiosa esta visión que los jóvenes se quedaron mudos de asombro.

El silencio reinaba en el firmamento. El mensaje se había dado. Ella iba a tener un hijo y su pelo sería rojo. Entre sus antepasados tendría un hada, y era la que estaba disfrazada de mendiga frente al portal del mercado. Federico poseería el privilegio de llegar a un mundo extraño. Ese mundo con que todos hemos soñado, pero que solamente conocimos cuando niños.





ra una tarde del mes de Abril, después de la hora del té. El Sol se escondía detrás de los montes azules.

Federico estaba aburrido. Su perro estaba enojado con él, pues mientras dormía, el niño se había acercado muy despacio, sin que lo oyera, y le había metido una ramita de sauce por las orejas. Al principio, Duende (así se llamaba el perro), había creído que eran moscas, pero cuando vio a su amito se puso a gruñir.

- "¡Federico, deja tranquilo a ese perro!", lo amonestó la cocinera.

Estaba aburrido... ¿qué hacer? Decidió caminar hacia las montañas azules, esas que están en la misma dirección que el mar. Él lo sabía porque cuando había ido a la costa con su madre el verano pasado, el tren se había dirigido hacia allá. También había visto un lago al pie de ellas y un bosque inmenso de árboles grandes, negros y misteriosos.

Se fue caminando por el fondo del jardín de su casa de campo, hasta que llegó a un sendero que se dirigía a una pradera. ¡Qué alegre estaba con esta nueva aventura! Soplaban una brisa suave y perfumada con olor a hierbas silvestres y pensó que los conejitos tendrían ese mismo aroma.

- Qué feliz sería si comprendiera el lenguaje de los animales- comentó.

-¿Te gustaría?, oyó una voz. El niño miró hacia todos lados y a nadie vio.

-No tengas miedo, dijo nuevamente la voz invisible, ¡aquí estoy!

Federico miró a su izquierda y allí se encontró con un hombrecito de largo pelo amarillento y una nariz ganchuda; sonreía bondadosamente y sus pequeños ojos celestes hacían contraste con su piel grisácea. Calzaba largas botas y tenía puesto un viejo sombrero con rayas blancas y rojas, desteñido y largo como un bonete.

Federico estaba tan asustado que no le salía el habla y tampoco podía correr. Echaba de menos a su mamá y pensaba acaso no lo estaría buscando.

Soy inofensivo - dijo el hombrecito - sabía que vendrías hacia acá y quise prevenirte contra mi hermano que es muy malo.

-¿Cómo sabías que yo vendría por aquí? Preguntó el niño.

-Me avisaron las tortolitas que estaban en el peral de tu jardín, porque has de saber que soy el Enano Azul, amigo



de todos los animalitos. Diciendo esto, sacó del bolsillo de su chaqueta de cuero un gatito negro de ojos amarillos, que principió a lamerse las uñas de sus patas delanteras.

-Este se llama Fernandín y te enseñará el lenguaje de los animales, eso sí que trata de no mostrarle ningún ratón, les tiene miedo.

-¿Por qué?, preguntó Federico.

-¡Bah, niño!, refunfuñó el viejo, ¿no ves que es un gato encantado?

Federico asintió con la cabeza, pero no encontró muy clara la explicación.

-Bueno, es hora de despedirme ya. Anda, vuelve a tu casa que te han echado de menos. Cuida de Fernandín, dale arroz. ¡Oh!, se me olvidaba lo principal, ten mucho cuidado con mi hermano el Enano Amarillo, porque es muy malo. ¡Adiós! Y mientras decía esto, el hombrecito fue desvaneciéndose en el aire. Lo último que se le vio fueron los ojos y el bonete.

Federico se sintió solo; hacía frío, el gatito ronroneaba echado a sus pies y parecía sonreír. Decidió volver a su casa y continuar la aventura al día siguiente, ahora estaba impresionado con este encuentro, porque se acordó que en una noche de invierno, al sentarse con su niñera junto al fogón, ésta le había contado que cerca de las montañas habitaban brujos, pero nunca creyó encontrarse con uno de ellos. Se metió el gato al bolsillo y echó a andar silbando una canción. Pronto se puso a correr y llegó transpirando a la casa.

-"Federico, ¿dónde te habías metido? ¡Mira como vienes...! ¿Qué traes ahí? ¡Un gato! ¿Dónde lo encontraste niño? Ven, ven a bañarte, el agua está tibia".

El niño subió la escalera tomado de la mano de su mamá.

-Mamá, ¿sabes que ese gatito negro está encantado...?

Federico se había acostado a dormir.

Tenía sueño después de la aventura de esa tarde. Dejó al gato a sus pies encima de un plumón y después de contemplar las llamas de la chimenea que tenía frente a su cama apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Solamente se oía el crujido de la leña y el ronronear del gatito. Al poco rato se quedó profundamente dormido, pero cuando el reloj de la escalera dio las tres de la mañana, Federico despertó. El gato seguía ronroneando y lo miraba con sus ojos centelleantes.

-¡Federico! -le dijo- ya es hora de que partamos.

El niño se quedó extrañado de que un gato le hablara, pero no se asustó. Al fin de cuentas el gato era de él. Le pertenecía. ¿Qué importa que hablara? Qué hermoso estaba con sus bigotes largos y su cola suavcita. Recordó que Victoria, la cocinera, tenía un lunar en la mejilla con pelos largos también, pero no eran bonitos y elegantes como los bigotes de su gatito. Además, la cocinera no sabía ronronear, quizás si fuera más flaca podría hacerlo.

-¿Tú conoces a Victoria? Le preguntó.

-No- dijo el gatito.

-Es la cocinera y te puede dar un platillo de leche.

-¡Uf!, me carga la leche -dijo el gato. Eso está bien para los gatos ordinarios, no para mí.

Federico quedó perplejo. Es un gato raro, pensó. A lo mejor lo he ofendido.

-Entonces, ¿te gustan los ratones?

El gato puso una cara de desagrado y pareció que le bailaban los ojos.

-¡No! ¡No! Federico, por favor no me hagas que te muerda la punta de la nariz. Diciendo esto, saltó sobre el niño y le lamió una mejilla con su lengua áspera.

-Vamos Federico, es hora de partir ya.

Se bajaron de la cama y por la escalera llegaron a la biblioteca de papá. Qué grande era. Estaban todas las paredes cubiertas de libros. Federico siempre jugaba allí con sus soldados de plomo mientras su padre trabajaba en el escritorio. Recordó también los castillos que hacía con un juego de dominó de laca verde que pertenecía a su abuelo. Una vez se le desmoronó una torre que había construido y se perdió una ficha. ¡Cómo estaba de afligido! Qué iba a decir papá. Sin embargo, la encontró detrás de un libro, ese mismo al cual se acababa de acercar el gato.

-Este es, dijo Fernandín. Aquí está el pasaje secreto. ¡Sácalo Federico! Detrás de él hay un túnel que nos llevará a la orilla del lago donde vive el Enano Amarillo. ¡Saca el libro!

Federico obedeció y, ¡ahí estaba! ¡Una entrada negra, oscura, con telarañas y polvo.

Qué raro - pensó el niño, esa puerta no existía antes. ¿Habrá sido otro libro? Sin embargo, recordaba la tapa azul con bordes dorados.

-¡Pero gatito!, le dijo al micifuz, ¿cómo podré entrar por ese agujero? Soy muy grande.

-No importa, dijo el gato, sólo tienes que pensar que estás achicándote. Cierra los ojos y piensa. Así lo hizo Federico, y comenzó a tener una sensación muy extraña, oía un gemido en sus oídos y una música rara como el silbar del viento que va creciendo.

Principió a tener miedo, pero no deseaba abrir los ojos, se tapó las orejas con sus manos y ese raro sonido empezó lentamente a disminuir hasta desaparecer por completo.

-Ya está, dijo el gato; abre los ojos.

El niño los abrió y quedó profundamente maravillado. ¡Estaba del mismo tamaño que el gato!

-¡Vamos, vamos!, dijo el minino. Entremos, si tienes miedo cógete de mi orejita.

Penetraron por el oscuro agujero y bajaron por unos escalones, las paredes eran de tierra húmeda y chorreaban agua. Caminaron mucho rato y Federico iba acostumbrándose a la oscuridad. A lo lejos divisaron unas luces que se movían.

-¿Qué es eso?, preguntó Federico.

-Debe ser el reflejo del lago. Creo que hemos llegado a la orilla de la playa.

En efecto, salieron del agujero y se encontraron en la playa de un inmenso lago de aguas tranquilas que se perdía en el horizonte. La noche estaba estrellada y silenciosa. Solamente se oía el rumor de pequeñas olas que reventaban en la arena.

A lo lejos se veía una casa con ventanas iluminadas. Federico y Fernandín se encaminaron hacia allá. El niño

tenía un poco de susto, sin embargo, estaba entusiasmado con la aventura y confiaba en su amiguito. Después de andar un buen rato, llegaron a la casa y se dieron cuenta de que era nada menos que la del famoso brujo malo, llamado Enano Amarillo. Afuera estaban durmiendo dos de sus guardianes. Tenían alas de murciélago y la cara llena de granos. No tenían cabellos; las cabezas eran negras como si las hubieran untado con alquitrán, y sus narices, ¡qué narices! El tamaño de ellas le hizo recordar a Federico la de su tío abuelo Custodio, pero estos bichos no tenían la cara bondadosa de su tío.

-¡Chitón!, le dijo el gato. Esto se pone interesante. Vamos a la cocina, es la hora en que el Enano Amarillo cuenta el oro con su mujer.

Los dos aventureros entraron. ¡Qué inmensa se veía la casa! Las paredes altas y tenebrosas brillaban con reflejos anaranjados y rojizos debido a una gran fogata encendida en la chimenea. Allí hervía una cazuela de paredes negras por el hollín. El Enano Amarillo estaba comiendo en la mesa. Había grandes pedazos de queso mantecoso, jamón, pan, un gallo asado y codornices en escabeche. De vez en cuando tomaba unos buenos sorbos de vino. ¡Qué hambre les dio a Federico y a Fernandín! De buenas ganas hubieran corrido a pedirle algo, pero tenían miedo. Era un hombrecito raro este enanote. Su pelo amarillo y la piel de la cara relucían como si fuesen de metal. Vestía de terciopelo rojo y tenía las manos grasientas, huesudas y muy largas. Cuando comía, gruñía y después se escarbaba los dientes. La mujer era una vieja encorvada; usaba un capuchón negro y tenía la cara muy blanca por estar empolvada. Sus ojos eran grandes y verdes.

El niño la observó y la encontró hasta cierto punto hermosa. Esa cara blanca y esos ojos verdes oscuros y profundos le llamaban la atención; sin embargo, tenía una nariz tan ganchuda.

El enano terminó de comer y después de eructar bastante fuerte, gritó:

-¡Alacrina, tráeme el baúl del subterráneo!

Federico y el gato al oír tantos vientos casi soltaron la risa, además estaban muy nerviosos.

Bajó la vieja por una escalera y volvió con un inmenso baúl a cuestas.

-Déjalo encima de la mesa, gruñó el enano.

La vieja empezó a refunfuñar. ¿Hasta cuándo Enano, me harás cargar este baúl tan pesado?

-¡Cállate vieja del diablo!, gritó el enano.

-¿Por qué nombras a mi tío? replicó la bruja, ¿o deseas que él venga a reprochar tus modales?

La vieja volcó el baúl sobre la mesa y ésta se cubrió de monedas de oro, grandes y relucientes. ¡Cómo brillaban! Había también esmeraldas, rubíes, diamantes y otras piedras preciosas de varios colores, tan grandes como nueces, que iluminaron toda la sala. El enano comenzó a reír y a dar gritos de felicidad. Sumergía sus huesudas manos entre las monedas y las hacía resbalar gozando con el ruido que hacían.

-¡Oh!, mis hijas, mis hijas -decía- relamiéndose sus morados labios.

La vieja lo observaba con desprecio mientras engullía las sobras de comida que el enano había dejado.

-¿No te da vergüenza robarle las riquezas a los gnomos de la montaña de cristal?, lo amonestó. Pero el enano no la oía, ya que se había dormido echado sobre su tesoro.

En esos instantes salió un ratón color naranja del rincón donde estaban escondidos Federico y el gato. Al verlo, el pobre minino comenzó a tiritar con la cola erizada y sin poder contenerse más, empezó a maullar a todo pulmón. ¡Miauuuu! ¡Miauuuuuuuuu! Federico le tapó los bigotes con la mano pero todo fue inútil porque la vieja acudió al sitio donde estaban y los descubrió.

-¿Qué están haciendo aquí? Les preguntó la bruja, en voz baja pero indignada.

-Andamos en busca de aventuras, replicó el niño, muy avergonzado.

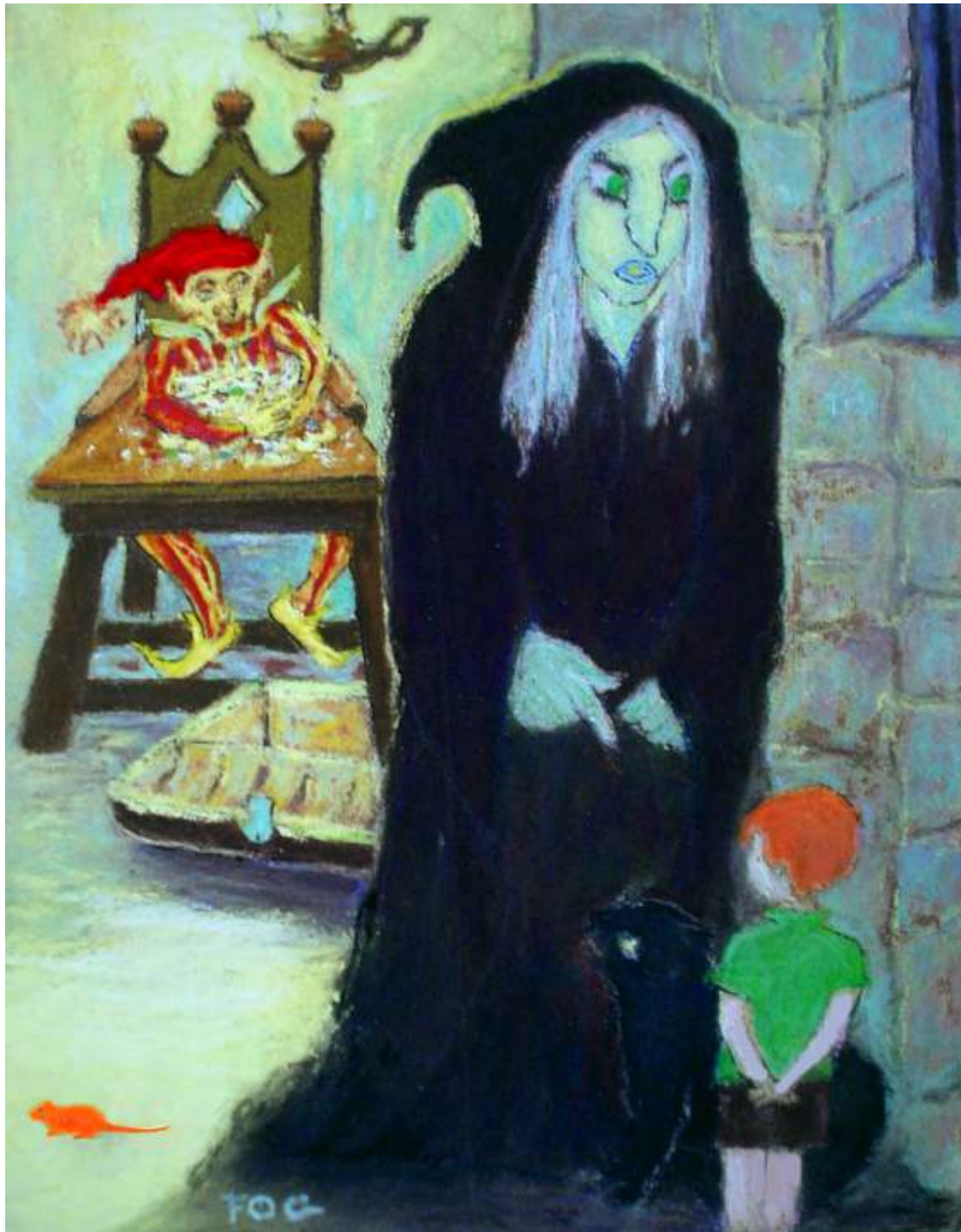
La bruja, al ver al gato, se puso más pálida que una sábana y sus verdes ojos despidieron destellos rojos.

-Dime niño desgraciado, ¿dónde encontraste a ese odiado cuñado mío?

Al oír esto, el gato recobró los ánimos y de un salto le mordió la mano. Alacrina, la bruja, comenzó a chillar y a revolcarse en el suelo.

-¡Fue el gato, fue este maldito gato! Gritaba, apretándose la herida de la mano por donde salía abundante leche. El Enano Amarillo despertó y fue hacia donde venían los quejidos.

-¡Corre! -gritó Fernandín- Ven, ¡sígueme!



Federico salió detrás de él y se perdieron en la oscuridad. Cerca de la casa había un bosque, fueron hacia allá y se subieron a una frondosa encina. Al poco rato se oyeron voces.

-¿Dónde se han ido? Por aquí no...

Eran el enano y la bruja que los buscaban alumbrándose con un farol. El niño se apretó bien a Fernandín y lo abrazó; así se sintió más seguro al sentirlo calentito y ronroneando. Varias veces pasaron los brujos cerca del árbol donde estaban encaramados, pero no los pudieron descubrir. También fueron buscados por los guardianes. Éstos volaron lentamente con sus pesadas y negras alas de murciélago y daban de vez en cuando roncós y soñolientos gritos. Después de una larga búsqueda, al no encontrarlos, se metieron todos a la casa.

El niño estaba cansado, hundió su cara en el pelaje del gato y se quedó profundamente dormido. No supo cuánto durmió; sólo se dio cuenta de que estaba amaneciendo cuando escuchó dos voces en unas ramas del árbol. Trató de descubrir quiénes eran, pero todavía estaba muy oscuro.

-Sí - dijo una de ellas - este invierno he estado peor del reumatismo. Estar todo el día con las patas metidas dentro del agua no me hace nada de bien. Y para qué decir estos pescados de los pantanos de por aquí, cada vez más desabridos, tienen gusto a chocolate.

Federico quedó extrañado. Qué personaje tan raro era éste que encontraba desabridos los pescados con gusto a chocolate.

La voz proseguía. -Y ¡para qué decir los sapos!, con un sabor a menta inaguantable. ¡Incomibles, realmente incomibles!

-Las pastillas de menta no se mascan porque se carian los dientes, dijo Federico en voz alta, acordándose de lo que le había dicho su mamá.

Hubo un silencio y después empezaron a cuchichear.

-¿Oíste?

-Sí, me pareció que vino de aquí cerca.

-¿Quién está ahí?, preguntó una voz ronca.

-Soy yo, Federico y el gato Fernandín.

Al oír su nombre el gato despertó y comenzó a estirarse.

-¿Un gato?, preguntaron los otros personajes.

-¿Son dos gatos?

-No, es uno sólo, contestó Federico.

-¿Y el otro?

-El otro soy yo.

-Bueno, bueno, ¿quién eres tú?, preguntaron ya enojadas las voces.

-Dilo luego.

Federico se puso nervioso.

-Diles que eres un príncipe, bostezó el gato, cerrando los ojos.

-Eso es, ¡soy un príncipe!

-¡Un príncipe! Exclamaron las voces. ¿Un príncipe arriba de un árbol? ¿No estarás mintiendo y eres una bellota?

-No, es un niño, gritó el gato malhumorado.

-¡Oh, ah! Un principito. Perdónanos por haberte confundido. Dinos principito, ¿qué haces aquí arriba de este árbol?

-Estamos escondidos del Enano Amarillo, respondió el gato.

-¡Ah! Es un personaje muy malo, y sus guardianes comen perritos recién nacidos.

Estaba amaneciendo y Federico pudo observar que las voces correspondían a dos hermosas garzas blancas. ¡Qué lindas eran!

-¿Y ustedes cómo se llaman?, preguntó Fernandín.

-Yo me llamo Ernestina, dijo una de ellas. Está aclarando, es hora de partir.

Federico sintió pena que se alejaran, y cuando se iban elevando en el aire les gritó: Esperen, esperen, ¡llévenooooos!

Las garzas revolotearon muy alto y contestaron:

No podemos pequeño príncipe porque vamos rumbo al mar. ¡Adiós!

A Federico se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Llévenos!, gritó afligido, ¡somos muy livianos!

Las garzas comenzaron a planear y luego bajaron lentamente dando estridentes chillidos y se posaron de nuevo en el árbol.

-Bueno, bueno, no te aflijas principito, le dijeron. Los llevaremos en las espaldas. Cúbranse con nuestro plumaje porque allá arriba sobre las nubes hace mucho frío.

El niño y el gato se subieron y éstas emprendieron nuevamente el viaje. Comenzaron a volar vigorosamente y cada vez el bosque y la casa del Enano Amarillo se veían más pequeñas. El lago inmóvil parecía un espejo. ¡Cómo soplaba el viento y qué frío hacía!

Federico se sumergió en el blando y tibio plumaje de la garza y solamente dejó la cabeza afuera. Un poco más abajo iba la otra garza con el gato.

-¡Fernandín!, le gritó-. ¡Aquí estoy! Era tan grande la alegría, que a Federico le dieron deseos de reír y cantar a todo pulmón. ¡Mira cómo vamos volando!

Las garzas parecían felices también y una de ellas se puso a reír a su manera, ¡Crack, Craack, Craaaack!...

Cada vez hacía más frío. De pronto se introdujeron en unas nubes y Federico ya no pudo ver a su amigo. Se abrazó del cuello de su compañera y cerró los ojos. ¡Qué agradable era todo esto! Solamente sentía el viento y la neblina que mojaba su cabeza, el cuerpo caliente de su cabalgadura y el subir y bajar de sus blancas alas.

Así volaron varias horas y ya era cerca del mediodía cuando las aves decidieron descansar en la cima de una rocosa montaña. El Sol calentaba fuerte; los dos viajeros se bajaron y empezaron a estirar sus miembros. Tenían hambre y sed.

-Ven, le dijo el gato, más allá oigo ruido de agua.

Nuestros amigos corrieron hacia una quebrada donde había un riachuelo. En su orilla, crecía un manzano sin hojas pero con hermosas y grandes manzanas de color rojo oscuro.

Este lugar me parece conocerlo, murmuró el gato. Es el manzano del pájaro Diamante. Aquí es donde tus pensamientos se hacen realidad.

Federico se puso a pensar cómo sería ese pájaro Diamante ya que le agradaría conocerlo. Estaba pensando en eso, cuando observó que el lugar se iluminaba con una luz blanca y al mismo tiempo se oía una música muy suave y hermosa. Era aguda y parecía lejana.

-¡Hola! -oyó una voz que venía del árbol.

Federico miró hacia allí y quedó vislumbrado por un intenso fulgor.

-¿Querías conocerme?, soy el pájaro Diamante.

El niño se quedó con la boca abierta. ¡Qué hermoso era! Revoloteaba y de su cuerpo centelleante salían rayos luminosos que cegaban. Era todo entero de diamante y ¡cómo brillaba entre las manzanas rojas oscuras!

-Qué lindo eres, balbuceó Federico, con los ojos muy abiertos.

-Muchas gracias, respondió el pájaro. Pobre niño, tienes cara de mucha hambre y sed. ¡Mira! Bebe de esta agua y come de estas rojas manzanas, piensa en lo que te gustaría beber o comer y tendrán ese sabor.

Federico pensó en esas exquisitas tortas que le hacía mamá para su cumpleaños e inmediatamente se le llenó la boca con ese rico sabor. Después deseó unos huevos fritos, y así siguió comiendo chocolates, helados, frutillas con crema, chirimoyas y otras golosinas; luego bebió agua, la que adquirió sabor a jugo de uva, leche con lúcuma y jarabe de grosellas.

-¿Y tú no comes Fernandín? Le preguntó al minino.

-Sí, tengo predilección por la jalea de membrillo, respondió el gato, saboreando un pedacito de manzana. Así se alimentaron hasta quedar bien satisfechos.



-Es hora de partir ya, dijo el pájaro Diamante, las garzas los están llamando. Antes de despedirte, pídemme tres cosas Federico y te serán concedidas.

Federico miró al gato; éste le guiñó un ojo y comenzó a ronronear.

-Quiero que Fernandín siempre viva conmigo.

-Bueno, dijo el pájaro, aunque va a haber un tiempo en que estarán separados. ¿Qué más?

-Quiero una de tus manzanas, y deseo que acudas a mi llamado si alguna vez estoy en peligro.

-Tus tres deseos serán concedidos, respondió el pájaro. Adiós, dijo, y desapareció. Quedó solamente una plumita flotando en el aire que empezó a caer lentamente hacia el suelo chocando contra las ramas del árbol. Federico la recibió entre sus manos y éstas se iluminaron; después la guardó en un bolsillo.

Cuando llegaron donde las garzas, éstas los reprendieron por haberse demorado tanto. "Vamos, vamos, queremos llegar pronto". Y así comenzó nuevamente el viaje hasta avistar el mar.

Las garzas aterrizaron en una larga e interminable playa solitaria de caliente y dorada arena donde las olas reventaban ruidosamente dejando una alfombra de blanca espuma. Ernestina y su compañera se fueron inmediatamente a pescar y nuestros dos aventureros decidieron reposar del largo viaje.

La tarde estaba muy calurosa y se pusieron a dormir siesta. Cuando Federico despertó, la piel le ardía y tenía mucho calor. Decidió bañarse y cuando se acercaba al agua sintió una agradable y fresca brisa.

-¡Qué rico está el baño! ¡Ven!, le dijo al gato, pero Fernandín no era muy amigo del agua, lo miró con un sólo ojo y se hizo el dormido. ¡Cómo podía no gustarle esto a los gatos!

En eso estaba cuando llegaron las garzas a despedirse. Adiós principito, le dijeron, nos vamos al norte, pueda ser que alguna vez nos volvamos a encontrar. Adiós. De esta manera se alejaron las dos aves del niño y de Fernandín. Mientras se elevaban lanzaron estridentes chillidos y se perdieron en el horizonte luminoso.

Nuestros dos aventureros comenzaron a pasear por la playa. De vez en cuando Federico se agachaba a recoger un caracol, una pata de cangrejo o una estrellita de mar. Caminaron durante mucho rato hasta que oyeron una voz muy triste

y cansada que decía:

-No me conviene... No me conviene...

-¿Qué será? - susurró el gato - no conozco esa voz.

-Aquí estoy niñitos, muy cansada y con mucha pena, dijo la voz.

En realidad allí estaba, era una gran tortuga marina. ¡Hola! Le dijeron, ¿por qué tienes tanta pena? -¿cómo te llamas?

-No vale la pena, y no me conviene contestar a tantas preguntas, dijo la tortuga con lágrimas en los ojos; luego se quedó un largo rato en silencio. El niño y el gato no se atrevieron a interrumpirla y dando un hondo suspiro la tortuga dijo entre sollozos: Mi nombre es Adriana pero... Pero no vale la pena... ¡No me conviene! Y fue tanto el llanto, que Federico, emocionado, sacó un pañuelo del bolsillo y le dijo:

-Toma Adriana, suénate.

La tortuga le dio las gracias distraídamente, con los ojos hinchados de tanto llorar.

-Dime - le dijo el gato, ¿qué es lo que no te conviene?

-No vale la pena, respondió Adriana, sin embargo, les tendré que hacer una terrible confesión.

-Estamos prontos a oírte, replicó Federico.

-El hecho es que... Que tengo que poner huevos aquí en esta playa que no me gusta.

-Bueno, bueno, dijo el gato, pero no es para que te aflijas tanto.

-Es que yo estaba acostumbrada a ponerlos en otra playa y ahora no puedo ir allá, respondió la tortuga, poniéndose a llorar nuevamente.

-¿Y qué playa es ésa? Preguntó Federico.

-Es la playa de la isla de los Doce Príncipes, pero no me conviene ir allá.

-¿Por qué?, preguntó el gato.

-Porque ahora esa isla está asolada por un terrible ogro que se está comiendo a todos sus habitantes. Pobre gente,

pobre gente, dijo Adriana, con la voz entrecortada por el llanto.

-No te preocupes, le dijo Federico, si nos llevas a esa isla de los Doce Príncipes, podríamos ayudarte matando al gigante.

La tortuga se quedó mirándolos con el hocico abierto y con cara de tremenda estupidez. Luego reaccionó y se puso a reír a gritos. Qué divertido era verla reírse después de tanto llanto. Al poco rato, tranquilizándose, murmuró: No me conviene reírme tanto. Miró a Federico con los ojos redondos, grandes y colorados y le dijo:

-Pero, ¿cómo tú, niño, puedes matar a un gigante?

-Eso ya lo veremos, dijo Federico. Vamos Adriana, ¡al agua!

Diciendo esto, se sentaron sobre la concha y se encaminaron al mar. Adriana se arrastró lentamente por la arena, pero al llegar al mar se puso muy ágil y empezó a nadar velozmente.

-¡Vamos, vamos!, gritó Federico, ¡a la isla, a matar al gigante!

Adriana flotaba como una balsa e iba muy rápido con sus patas que más bien parecían aletas. De vez en cuando asomaba la cabeza para guiarse y decía con voz triste pero más tranquila, -no vale la pena. No vale la pena que arriesgues la vida principito. Después de todo yo podría poner mis huevos en esa otra playa.

Así navegaron toda la tarde y llegó la noche que fue muy hermosa y estrellada. A la mañana siguiente avistaron una isla; las olas al estallar en las rocas formaban remolinos y el agua negra y profunda parecía hervir. Los dos marineros se afirmaron bien y la tortuga navegó vigorosamente sin cansarse. Pronto llegaron a una playa donde la arena era mucho más blanca y tibia que la otra.

La mañana estaba nublada. Mientras la tortuga ponía sus huevos, Federico y Fernandín desayunaron con un pedazo de la manzana que les había regalado el pájaro Diamante. La manzana no había perdido sus cualidades de transformarse en el alimento que ellos más quisieran; además, a cada mascada que daban, el pedazo que faltaba se reponía inmediatamente.

El niño y el gato se despidieron de la tortuga y se dirigieron hacia el interior de la isla. Caminaron por una



hermosa pradera verde cubierta de flores rosadas y celestes donde pastaban toda clase de animales. Había cabras, ovejas, caballitos, terneros, cervatillos, etc... Llamaba la atención que eran de múltiples colores: Rojos, amarillos, verdes, azules, naranjas, violetas, blancos, negros y rosados. Su piel parecía ser de terciopelo. Tenían los ojos luminosos y la crin muy larga.

Algunos caballitos tenían un cuerno que nacía en el centro de la frente, éste era retorcido y transparente como si fuera de cristal.

-Dime, dijo el gato a uno de estos caballitos que era de terciopelo verde y las crines rojas, ¿dónde está la ciudad?

-Sigán por ese camino, indicó el caballo con su cuerno, y llegarán al Castillo de los Doce Príncipes. Diciendo esto, se alejó corriendo con gran rapidez.

A lo largo del camino se encontraron con casas solitarias y en ruinas como si hubiera habido un terremoto. La tierra comenzó a temblar en forma extraña; lo hacía al compás de un gran estruendo como el tic-tac de un inmenso reloj: ¡Proom, proom, pruumm, pruumm..! El ruido era ensordecedor y la tierra temblaba cada vez más fuerte hasta tal punto que Federico apenas se podía mantener en pie y se caía frecuentemente. El gato caminaba con mucha precaución y con la cola erizada por el miedo.

-¿Qué será ese ruido Fernandín? Gritó Federico a todo pulmón, tratando de hacerse oír por el gato.

-¡No sé! Maulló Fernandín, temblando de susto.

Pasó un anciano con un saco al hombro y el niño se dirigió a él para preguntarle la causa de todo esto. El viejo era ciego y le contó que todos los habitantes de la isla estaban escondidos o habían huido ante el peligro del sanguinario "*come gente*". Él no había huido porque era ya muy viejo y no le importaba morir, además, estaba muy flaco para servir de alimento al gigante Childerico; el ogro en esos momentos estaba durmiendo y el ruido que oían eran los latidos de su corazón.

Federico comenzó a sentir bastante miedo y dudó si iba a poder cumplir la promesa hecha a Adriana la tortuga; sin embargo, pidió al anciano que lo encaminara hacia donde estaba el terrible ogro.

Comenzaron a subir una colina que temblaba exageradamente y sobre ésta soplaba un viento huracanado que apenas los dejaba avanzar. El niño se aferró a la cola del gato y así pudo seguir adelante.

-Descansemos un rato, gruñó Fernandín. Ven, sentémonos en esta enorme rueda. Tengo la impresión que estamos ya sobre el gigante y esta rueda es un botón de su camisa.

De improviso la colina principió a moverse hasta quedar vertical.

-¡Estamos en el aire! Gritó el gato. ¡Sujétate al botón Federico!

Entonces se oyó una voz como un trueno que decía:

-¿Quién se ha atrevido a molestarme en mi sueño? ¿Acaso han sido ustedes miserables pulgas de mi camisa?

Diciendo esto, Childerico atrapó con una de sus descomunales manos a los asustados viajeros y decidía ya a comérselos cuando Federico le gritó:

-¡Espera Childerico! Te traigo un sabroso regalo.

El gigante detuvo su mano y los observó extrañado.

-¿Quién me trae un regalo? -preguntó -¿es algo para comer?

-Sí, dijo el niño, ¡te traigo una manzana!

-¡Oh! Una manzana -murmuró Childerico- ¿y es para mí? ¿Quién te ha dicho que a mí me gustan las manzanas?
¡Son tan pequeñas!

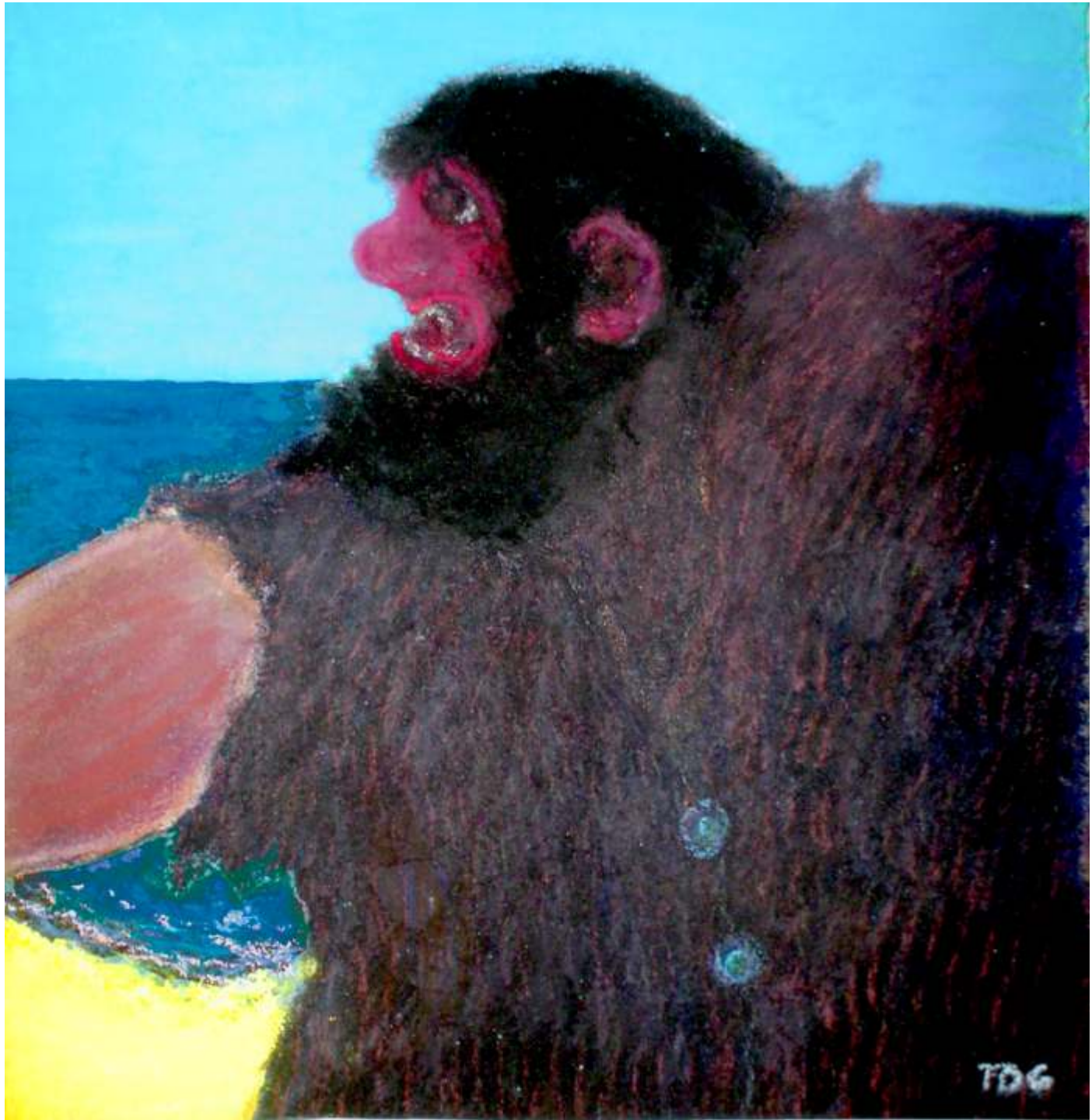
-Pero esta es una manzana especial -dijo el niño.

-Te la entrego si nos dejas en el suelo.

Así lo hizo el ogro, y Federico sacó la manzana roja que le había regalado el pájaro Diamante.

-¡Tómala! ¡Cómela!

El ogro la cogió con la punta de los dedos y se la metió en la boca. Federico cerró los ojos y apretando los dientes pensó que esa manzana era un veneno mortal capaz de matar al gigante; mientras estaba pensando en esto, seguramente la manzana se transformó en un terrible veneno porque el ogro dio un rugido tan espantoso que se levantaron grandes olas



en el mar y las nubes se agruparon hasta formar una terrible tempestad. Luego se puso pálido y se llevó las manos al cuello como si estuviera asfixiado.

-¡Agua, agua!, gritó.

Diciendo esto, echó a correr hacia el mar dando pesados trancos que formaban nuevas grietas en las paredes de las ruinosas casas.

Federico y el gato estaban aterrorizados y con gran alivio vieron cómo el ogro rugiendo desafortadamente se metía en el agua. De improviso, dio un alarido terrible y se sumergió entre las olas donde salieron enormes burbujas que se elevaron por los aires. Federico tenía el cuerpo cubierto de fría transpiración y observó a su compañero que también estaba asustado porque tenía mojado el pelo de las patitas.

-Bien, dijo el gato, -hemos dado muerte al malvado Childerico, ahora ¿qué te parece que vayamos al castillo de los Doce Príncipes que gobiernan esta isla?

Se encaminaron a una hermosa montaña donde se divisaba un castillo gris de tejados plateados. Cuando se dirigían hacia allá se iba reuniendo cada vez más gente que salía de sus escondites. Habían observado la hazaña y los aclamaban. "¡Viva! ¡Viva el héroe más grande de la isla! ¡Nos ha salvado de morir en las fauces de ese tragón!" Así llegaron nuestros dos amiguitos a las puertas del imponente palacio donde fueron anunciados a los príncipes, quienes recibieron al niño y a su acompañante rodeados de toda la corte.

Posteriormente, en la noche, hubo un banquete en una gran sala del castillo. Ésta estaba alumbrada por antorchas. El gato y Federico estaban sentados en el lugar más importante de la mesa, rodeados de los príncipes y hermosas cortesanas. Al fondo, entre cortinajes, había una orquesta que tocaba suaves melodías de música antigua. Sirvieron exquisitos platos: Sopas de fragante aroma, pavos y faisanes en grandes bandejas de oro, frutas confitadas, vino muy dulce y otras cosas deliciosas.

Durante el banquete los comensales fueron entretenidos con grupos de danzarinas, canciones de trovadores y bufones que hicieron reír a todos.

-Querido niño Federico, dijo un apuesto príncipe, levantándose de su asiento, brindo por la felicidad de nuestro país, que tú has recobrado. Has de saber que mis once hermanos y yo, estamos comprometidos con doce princesas, hermanas también, que viven en una isla cerca de aquí.

Las bodas se habían postergado por la desgracia que azotaba a la isla. Grande es nuestra alegría ahora que nos vamos a casar.

Diciendo esto, se levantaron los otros príncipes y demás nobles y desenvainando sus espadas, las hicieron relucir en el aire bebiendo con la otra mano en sus copas de oro.

-¡Hurra Federico! ¡Te nombraremos Duque de la Isla del Bizcocho!

En esos instantes se oyó una alegre carcajada y apareció un flaco personaje. Sus ojos azules eran grandes y nerviosos, la cara pálida y huesuda. Parecía viejo porque tenía la cabeza blanca de canas, vestía un traje ajustado con rayas verticales blancas y grises y de los codos y zapatos puntiagudos colgaban grandes cascabeles. Traía un laúd de plata... Y sus cuerdas eran de cristal.

Era el juglar, el viejo juglar, genio de la angustia.

Federico lo observó extrañado, ¡qué personaje tan raro era éste! Inspiraba lástima y rabia al mismo tiempo.

-¿Qué te parece este ser extraño? Le preguntó al gato.

-Pobre; debe tener mucha pena, dijo Fernandín, que, como gato encantado, tenía facilidad para ver en el fondo del alma de los humanos y no se dejaba engañar por las apariencias.

Hubo silencio y el juglar empezó a hablar: Has de saber príncipe Federico, que mi nombre es Germán, y estoy muy enfermo de los nervios. ¡Oh, mis nervios! ¡Mis nervios! Dijo, mirando al cielo desesperadamente -no puedo con ellos.

-¿Por qué estás tan nervioso?, le preguntó Federico.

-¡Ah!, principito, Duque del Bizcocho, ¿no ves a lo que estoy condenado? Sé hermosas poesías, románticas

canciones para enamorar a las damas más escurridizas y toco el laúd con una maestría sin límites, pero, ¡ay de mí! Estoy condenado a tocar en este maldito laúd de plata con cuerdas de cristal. Cada vez que, inspirado, comienzo a pulsarlas, en la parte más hermosa de la canción ¡las cuerdas se quiebran! ¡Se quiebran! ¡Al igual que mis nervios!

-¡Pobre Germán! Murmuró el gato. Debe sufrir mucho.

-Dime, ¿por qué no intentas ahora? le dijo el niño, -toca suavemente, así pueda ser que resistan.

Así lo hizo Germán, y en medio del silencio de los presentes comenzó a tocar su laúd suavemente, acompañado por su voz armoniosa. Cantó una linda canción que emocionaba hasta lo más profundo del alma. Parecía que los rostros, al escucharla, se ponían más bellos, y los ojos más dulces. La canción decía así:

*Yo te amo niña hermosa
como quiero a la flores y a las hojas
pues son ellas, me recuerdan,
la blancura de tu rostro,
el verde de tus ojos, la pureza de tu alma
y la tibieza de tu boca, que no me atrevo a besar.
Yo te amo niña buena
como ama el rocío a...*

En ese instante se oyó un crujido de vidrios rotos y cayeron las cuerdas hechas pedazos.

-¿No veis, no veis? -exclamó el juglar, dando un agudo quejido -¿No veis príncipes, la causa de mi desgracia, de



mis canas, de mis ojos brillantes y de mi flacura? Diciendo esto se cubrió el pálido rostro con sus largas manos y se puso a llorar.

-Mi alma es muy sensible, mi alma es como las cuerdas de este maldito laúd, gimió, -y mi estómago también, sólo me alimento de castañas confitadas. ¡Pásenme una castaña! Una castaña por favor, para que se me quite la pena.

-Este viejo me pone los nervios de punta, dijo uno de los príncipes. -¡Enciérrenlo en una mazmorra!

Federico también estaba nervioso y con mucha pena; recordó a sus padres a los que hacía tanto tiempo que no veía. ¿Qué será de mi perro Duende? Se preguntó. Seguramente nadie ha jugado con él.

Ya los soldados se aprestaban para llevarse al viejo y encerrarlo, cuando el gato le dijo a Federico, -no permitas eso; es una injusticia encerrar a Germán.

El niño se levantó y gritó: -"¡Alto! Dejen en libertad a este viejo enfermo de los nervios porque es mi amigo. Yo, Federico, Duque del...del..." Se puso rojo y agachándose le preguntó en voz baja al gato, -¿Duque de cuánto me nombraron? ¿Era del chocolate o del merengue?

-No, dijo el gato, mirando hacia los lados, -era Duque de... de... ¡Bah!, a mí también se me olvidó, en fin, di cualquier cosa.

-Yo -dijo Federico alzando la voz nuevamente, Duque del dulce de alcayota, ordeno que dejen tranquilo a Germán.

Hubo un silencio y se oyeron voces que murmuraban ¿dulce de alcayota? ¿Dulce de qué? ¿De cuándo acá se come el dulce de alcayota con bizcocho? Después vinieron unas risitas y otras voces que hacían callar, shhh...

Federico estaba enojado y dijo: ¿Acaso no conocen el dulce de alcayota que hace mi mamá?

Al oír esto, todo el mundo se puso a reír a carcajadas, y varios príncipes abrazaron a Federico. El gato también se reía y fruncía los bigotes. ¡Qué niño más gracioso era éste, y tan valiente y bueno! Continuó la música y soltaron a Germán, el cual también había recobrado su buen ánimo y se sentó a la mesa a beber y a comer alegremente. La fiesta duró hasta la madrugada.

Al día siguiente, partió la flota rumbo a la isla de las Doce Princesas. Eran doce barcos, cada uno comandado por un príncipe.

Después de navegar todo el día, llegaron al anochecer. Comieron todos juntos a bordo del buque insignia, donde iba el mayor de los príncipes con Federico y Fernandín. Corría una brisa tibia y a lo lejos, en el horizonte, se veía la luna llena, muy grande y silenciosa. Eran las doce de la noche cuando el más joven de los príncipes dijo:

Hermanos, ¿qué os parece que visitemos a nuestras futuras esposas? Yo conozco un túnel secreto que llega hasta su castillo.

Esta idea fue acogida con gran entusiasmo y se ordenó bajar inmediatamente un bote donde irían todos ellos. Y así fue, como nuestros dos aventureros, acompañados de los príncipes se acercaron a la isla de las princesas. Llegaron a un lugar de la costa donde había enormes rocas cortadas a pique. En una de éstas estaba el túnel por donde entraba el mar. Siguieron navegando por él iluminándose con un farol, hasta que llegaron a una escalinata de piedra; atracaron la embarcación y subieron silenciosamente en fila india; caminaron largo rato por un pasillo con telarañas y murciélagos hasta que llegaron a una ventanilla. El príncipe más joven la abrió cautelosamente y cuál no sería el asombro de los demás cuando se encontraron frente al dormitorio de las princesas, con sus doce camitas, todas cubiertas de seda y encajes. Éstas dormían y la luz de la luna entraba por los ventanales. De improviso el reloj del campanario dio las dos de la madrugada y un rostro se asomó por uno de los ventanales. Era un rostro alargado y verde, de siniestros ojos, que estaba en parte cubierto por un negro capuchón. Luego desapareció tan rápidamente como había aparecido.

Muchos de los príncipes dudaron de la existencia real de ese personaje. ¿Quién era? Algunos pensaron que podría ser un fantasma o un brujo, o quizás el reflejo de un árbol en los cristales de la ventana. Una vez repuestos de esta visión, uno de ellos abrió una puerta secreta por donde entraron sigilosamente y se dirigieron hacia sus futuras esposas y les dieron un beso en la frente. Éstas despertaron, se pusieron a gritar y se metieron debajo de las sábanas. Varias princesas les lanzaron sus almohadones de plumas haciéndolos caer sentados al suelo. Federico y el gato reían a más no poder,

porque comenzó una batalla de almohadas y plumones entre las princesas y los príncipes. Algunos almohadones se rompían, inundando la sala de plumas. Se oían gritos y risas hasta que todos quedaron cansados de tanto jugar. Luego los príncipes se reunieron y haciendo una venia, presentaron a Federico y Fernandín. ¡Qué divertidos se veían todos, cubiertos de plumas y con los vestidos desarreglados! Las hermosas princesas abrazaron y besaron al niño y se alegraron mucho de conocerlo.

Los príncipes les preguntaron si no habían tenido una sensación de peligro mientras dormían y todas dijeron que habían soñado con un personaje extraño que entraba por el ventanal y se las llevaba; eso les había causado mucho miedo. Los príncipes no les dijeron que ellos habían visto a ese personaje, para no asustarlas, pero se despidieron de ellas pensando que volverían al día siguiente a la misma hora para espiarlas, y se fueron por donde mismo habían venido.

Al día siguiente estaban todos en ese lugar cerca del dormitorio de las princesas, alertas por si veían algo. Miraron largo rato por la ventana, pero la visión no se presentó. Pasaba el tiempo y ya algunos se habían quedado dormidos, cuando el gato levantó sus orejitas y poniendo muy grandes los ojos, comenzó a mirar fijamente hacia la ventana. Federico despertó y se acercó a Fernandín.

Creo -dijo Fernandín- que algo se acerca. Me parece que viene volando por los aires. En efecto, instantes después, apareció el siniestro rostro y comenzó a observar a las princesas. Federico despertó a los príncipes y estos vieron que la negra sombra se introducía silenciosamente por la ventana hacia el centro del dormitorio. Su rostro era verde oscuro, vestía un traje largo y negro, usaba un sombrero puntiagudo y llevaba una bolsa al hombro. Abrió la bolsa y sacó doce pieles con sus plumas; eran de cisnes blancos. Luego, con una varilla, hizo un círculo en el suelo de donde salieron llamas, e indicando las pieles de cisne, dijo con una voz estridente:

¡Hijas mías! Yo lo ordeno ¡seguidme a mi morada!

Al terminar de decir estas palabras, las princesas dormidas se levantaron de sus camas y se colocaron las pieles del hechicero. Al instante quedaron convertidas en hermosos cisnes blancos que empezaron a revolotear. El brujo reía y alzaba los brazos para acariciarlas.



TOG

Los príncipes horrorizados entraron corriendo al dormitorio para destrozar al mago, pero no pudieron acercarse por el calor que despedían las llamas del círculo de fuego. Algunos se quemaban la manos y el cabello, mas no podían avanzar. El brujo de la cara verde oscura reía a carcajadas al observar cómo los cisnes chocaban contra los cortinajes y paredes y al ver a los príncipes, apuntó con su varilla mágica y los convirtió en hermosos cisnes negros. Luego salió por la ventana seguido de todos ellos.

Federico y el gato se quedaron solos mirando por la ventana abierta cómo los cisnes se perdían en el horizonte. La Luna estaba alta, la noche estrellada y el mar tranquilo y silencioso. El niño tenía mucha rabia y se sintió tan solo y afligido que se puso a llorar.

-No llores más -le dijo el gato cariñosamente, lamiéndole las mejillas con su áspera lengua, pero el niño estaba desconsolado y decidió llamar al pájaro Diamante.

Y así fue como Federico pensó en su bondadoso amigo para que viniera a ayudarlo, y sacando la plumita que había guardado en un bolsillo, lo llamó varias veces. Instantes después, se iluminó el dormitorio y la pluma se transformó en el maravilloso pájaro Diamante.

No te aflijas mi buen niño -le dijo- pues yo te voy a ayudar a encontrar a tus compañeros. Has de saber que el hechicero de la cara verde oscura es muy poderoso en encantamientos; habita en una isla muy lejana en la cual viven todos los seres que él ha coleccionado. Te daré algunos consejos para que no caigas en sus brujerías. No aceptes ningún regalo que te ofrezca, no respondas a ninguna pregunta que se te haga y no comas ni bebas nada mientras estés en sus dominios.

Federico prometió no olvidarse de estos consejos y le preguntó el camino hacia esa isla.

-Yo me encargaré de eso, le respondió el ave, vuelve nuevamente al barco donde encontrarás a la tripulación y a su capitán dormidos. ¡Adiós! Diciendo esto, el pájaro desapareció, quedando todo igual que antes.

Vamos Fernandín -dijo el niño a su amigo- y se dirigieron al buque insignia.

Todo estaba en silencio, sólo se oía el crujir de los maderos y el vaivén del barco en la noche.

-¿Hay alguien allá arriba...? Gritó Federico. No hubo contestación. ¡Eh! ¡Aquí estamos! ¡Federico y Fernandín...! Pero nadie acudía al llamado.

Espera -dijo el gato- voy a tratar de subir. En efecto, dio un salto y se agarró con sus uñas al casco de la nave y empezó a escalar. Pronto estuvo arriba y se asomó triunfante relamiéndose los bigotes.

¡Muy bien Fernandín! Aplaudió el niño. Entonces el gato lanzó una cuerda para que subiera su amigo.

Ya a bordo pudieron observar que la tripulación dormía un sueño profundo. Todo estaba en calma, sólo se oían sus largos ronquidos. De improviso comenzó a soplar un viento que se hizo muy fuerte. Las anclas se levaron, las velas se inflaron y el barco empezó a navegar hacia un rumbo desconocido.

El viento era muy intenso. Federico y Fernandín se refugiaron en el comedor bajo cubierta donde comieron y bebieron abundantemente. Navegaron así por varios días, entre los ronquidos de la tripulación y el silbido del viento. El mar estaba agitado y barría la cubierta. El viento se transformó en huracán y la nave apenas tocaba la superficie del agua, hasta que llegó un momento en que comenzó a elevarse por los aires a bastante altura, y así navegaron silenciosamente varias semanas más.

Estaban muy alto en el cielo. Las estrellas y la Luna se veían muy grandes y muy cerca. Todo era silencio, solamente se oía un suave gemido como el llanto de una mujer. El barco navegaba tranquilamente, Federico y el gato se entretenían mirando los aerolitos que corrían por el cielo. Y así fue cómo avistaron a lo lejos una isla inmensa rodeada de vaporosas nubes verdes, rojas y amarillas, en cuyo centro había un enorme castillo con puntiagudas torres. A medida que se acercaban todo parecía relucir con brillantes colores, y al encallar la embarcación en la orilla, se dieron cuenta de que la arena de la playa era de terrones de azúcar quemada. A medida que caminaban hacia el luminoso castillo, observaron hermosos árboles cuyos troncos eran de caramelo y las hojas y frutas eran toda clase de golosinas: Pasteles, helados con crema, fruta confitada, etc... Corrían riachuelos de leche condensada, cacao, miel y crema de vainilla y en lugar de guijarros había exquisitas pastillas y chocolates rellenos con licor.

A Federico se le hacía agua la boca al ver todo esto, pero recordó el consejo del pájaro Diamante y apretando los labios siguió su camino. Llegaron a las puertas del castillo y entraron. Las salas eran inmensas y las paredes de oro y plata estaban cubiertas de piedras preciosas y largos cortinajes. Los dos aventureros continuaron explorando el interior del castillo solitario por una larga galería de finas columnas de mármol. A los lados había hermosos jardines y bellas fuentes con surtidores de agua muy cristalina. Al final del pasillo se encontraron con una inmensa puerta de oro macizo. Federico se detuvo ante ella y se puso a pensar cómo la iba a abrir.

-¿Deseas abrir la puerta? -oyó una voz.

El niño miró hacia todos lados y descubrió que el que hablaba era un cuervo muy negro que se había posado en un naranjo cerca de la puerta.

No le contestes -cuchicheó el gato-. Recuerda lo que dijo el pájaro Diamante.

El cuervo dio un picotazo a una de las naranjas, voló hacia el niño y se la ofreció.

-¿Quieres esta naranja? Es muy sabrosa. Cómela.

Federico tenía muchos deseos de aceptarla, pero se mordió la lengua y miró distraídamente hacia otro lado.

-¡Qué niño tonto eres! -dijo el cuervo- No me contestas...Estoy aburrido, ¡me voy! Diciendo esto, echó a volar y se perdió detrás de una pared.

Pronto llegó otro pájaro. Era totalmente rojo; daba pequeños saltos y movía graciosamente la cola. Tenía los ojos de un color amarillo claro y parecía sonreír.

-¡Hola!, dijo, yo soy el pájaro optimista, y tú, ¿cómo te llamas? Me encantan las migas. Como Federico no contestara, se puso más rojo y furioso comenzó a gritar: ¡Migas! ¡Quiero migas!

Federico y el gato comenzaron a reír y con los chillidos del pájaro rojo y la risa, llegaron más pájaros de los árboles del jardín. Todos ellos de lindos colores, se juntaron en las baldosas alrededor del niño. ¡Qué hermosos eran! No le tenían miedo a Federico, y dando alegres trinos se posaban en los hombros y las manos del niño pidiéndole algo de comer. Entonces se oyó una música muy suave y armoniosa y la maciza puerta de oro comenzó a abrirse. Las aves



asustadas echaron a volar; Federico y su compañero entraron y se encontraron en una inmensa sala, toda de mármol, que estaba iluminada por una gran lámpara de cristal. En el centro había una fuente y el piso era de baldosas negras y blancas. Había también un diván y una mesa muy baja adornada con un delicado mantel. Sobre ésta había exquisitos manjares de todas clases y deliciosos licores en finísimas copas talladas.

Federico estaba muy cansado y abrazándose a su amigo se quedó dormido. Soñó que en un rincón de la sala existía un pasaje secreto al cual se llegaba apretando un botón oculto detrás de un cortinaje. El niño despertó sobresaltado, y tirándole las orejas a Fernandín, le contó su sueño.

-Veamos si es verdad, le dijo el gato, estirándose y bostezando. Aunque ¿no podríamos esperar hasta que amanezca?

-Pero ¿no te has dado cuenta de que aquí "es siempre de noche"?, le replicó Federico y diciendo esto se acercó al cortinaje donde se suponía que estaba el botón secreto.

En efecto, allí estaba, y al apretarlo se movió una baldosa negra y apareció una escalinata. Los dos amigos bajaron por ésta y llegaron a otra sala muy hermosa que daba a un jardín con una laguna. En ella nadaban silenciosamente doce cisnes negros y doce blancos, que al divisarlos se acercaron a la orilla y los miraron muy tristemente. Les corrían lágrimas por sus ojos, pero estaban mudos. Federico los abrazó y besó a todos porque se dio cuenta de que había encontrado a sus amigos, los príncipes y las princesas encantadas.

De improviso oyó una voz que lo llamaba: ¡Federico! ¡Federico! El niño buscó a su alrededor, pero a nadie encontró. Mira allá arriba- dijo el gato. La voz venía de una ventana del palacio que daba al jardín de la laguna. Allí estaba asomado el brujo de la cara verde oscura.

Te tengo un hermoso regalo, le dijo y diciendo esto comenzó a bajar por las enredaderas de la pared con un caballito debajo del brazo. Una vez que llegó frente a Federico depositó el caballo en el suelo y se puso a darle cuerda con una gran llave dorada. ¡Qué hermoso se veía! Estaba hecho de acero reluciente y sus ojos eran celestes. Cuando terminó de darle cuerda, el caballito empezó a relinchar y a mover la cola muy nervioso como si estuviera pronto a echar a correr.

-Súbete le dijo el brujo- él te puede llevar por los aires adonde tú quieras.

Federico y el gato se guiñaron un ojo y este último preguntó:

-¿Podemos montarlo antes que me lo regales para probar si es verdad lo que dices?

El brujo se puso verde pálido de rabia y pareció echar chispas por los ojos, pero luego, recobrando su color, dijo sonriendo bondadosamente: Bueno, pruébalo si quieres, antes de que te lo regale.

Federico y el gato montaron el caballo y al espolearlo éste dio un relincho y empezó a galopar elevándose por los aires.

-¡Qué lindo juguete! -exclamó Federico- mas, no podemos recibirlo porque el pájaro Diamante nos dijo que no aceptáramos ningún regalo en esta isla.

Una vez que hubieron dado varias vueltas por encima del jardín, bajaron donde estaba el hechicero y Federico dijo muy ceremoniosamente:

Es muy hermoso el regalo que me ofreces, oh “brujete” de la cara de aceituna, pero no lo voy a aceptar porque me eres antipático.

Al decir estas palabras, el brujo se puso muy amarillo y dando un alarido exclamó: ¡Maldito niño y tu asqueroso gato! ¡Te has librado de todas las tentaciones que he puesto en mi reino! De pronto se oyó un terrible crujido, como si se hubiera partido en dos una gran montaña y de entre las nubes de colores que rodeaban a la isla, salió un rayo que cayó sobre el brujo hiriéndolo mortalmente.

-¡Me has derrotado! -gimió el brujo agonizante- y empezó a quemarse saliendo una gran cantidad de vapor, como si se hubiera echado agua a una fogata. De las numerosas heridas causadas por el rayo, salía abundante savia verde, transparente y pegajosa. El brujo comenzó a deshacerse y al ir desapareciendo, los cisnes se volvieron príncipes y princesas que llorando de alegría, abrazaron a Federico y a Fernandín.

También los pájaros de hermosos colores se transformaron en duques, condesas y marquesas que el hechicero había capturado en otros reinos.

La isla seguía crujiendo y sobrevino un terrible terremoto que abrió grietas por donde salía oro líquido.

-¡Pronto! ¡Pronto! Gritó el gato, ¡al barco! ¡Esta isla está a punto de desaparecer!

Corrieron todos por las hermosas galerías, mientras los relámpagos y truenos anunciaban el fatal destino de ese lugar.

Algunos árboles de piedras preciosas estaban destruidos en el suelo y las paredes del castillo con enormes grietas amenazaban desplomarse.

Federico no quiso separarse de su caballo de acero y poniéndoselo debajo del brazo, echó a correr detrás del gato, pero dejó olvidada la llave dorada con la cual se le daba cuerda. Llegaron al barco y en cuanto subieron, se levaron las anclas, se inflaron las velas y se alejaron lentamente de la isla. Observaron cómo el palacio ardía en llamas e instantes después se oyó un horrible estampido y éste voló en mil pedazos incandescentes que se perdieron en la negra y silenciosa noche.

El barco navegó varios días por el cielo hasta que comenzó a soplar nuevamente el viento huracanado que lo hizo llegar a la superficie del mar. Después de varias semanas llegaron a la isla de las princesas. Allí fueron recibidos con gran júbilo e inmediatamente se celebraron las bodas de los doce príncipes con las doce princesas. Las fiestas duraron veinte días. Federico y Fernandín fueron muy agasajados por esta nueva hazaña.

El niño no había podido olvidar la tristeza de Germán, el juglar y un día, cortando unas crines de su caballito de acero, se las regaló para que le pusiera cuerdas nuevas a su laúd y nunca más se le rompieran. Germán se alegró mucho con este regalo y desde entonces tocó maravillosas canciones que fueron la felicidad de todos.

Una mañana, estaba Federico jugando con su caballo de acero en la plaza de la ciudad, cuando decidió partir.

-Súbete -le dijo a su amigo, el gato Fernandín -Tengo ganas de volver a mi casa.

Espoleó su cabalgadura y se elevaron por los aires. Así navegaron entre las nubes un buen tiempo, hasta que una noche divisaron las montañas azules y luego el lago. En esos momentos, el caballo comenzó a descender lentamente y a echar humo y chispas debajo de la cola.



-¡Nos estamos cayendo! ¡Se le ha terminado la cuerda! Gritó el gato. La superficie del agua se acercaba vertiginosamente y Federico espoleaba a su cabalgadura sin resultados. Instantes después cayeron al lago y el caballo se hundió para siempre. Federico salió a la superficie a respirar y más allá estaba el gato nadando en forma desesperada.

-Vamos a la orilla dijo el niño, y ayudó a salir a Fernandín. Pronto llegaron a la playa y pudieron ver que estaban cerca de la casa del Enano Amarillo.

-Introduzcámonos en el túnel. Éste nos llevará hasta la biblioteca antes de que nos vean los guardianes del malvado enanuelo -dijo Fernandín.

En efecto, los dos vampiros habían oído el ruido de la zambullida de nuestros héroes y ya estaban revoloteando muy bajo por encima del agua. Sus negras alas de murciélago y sus roncos chillidos se oían ya muy cerca.

-¡Crock! ¡Crock! ¡Crock! Gritaban con voz soñolienta.

Federico y Fernandín los observaron metidos en el agujero. De súbito, uno de los guardianes los divisó y aterrizando, comenzó a dar picotazos hacia el interior del túnel levantando gran cantidad de piedras y tierra suelta. Fernandín y el niño se burlaron del fracasado pajarraco y luego dándole las espaldas, se dirigieron a través del subterráneo.

Después de algunas horas, llegaron nuevamente a la otra puerta que daba a la biblioteca de papá, y saltaron al interior.

-Ahora -dijo el gato- cierra los ojos Federico, para que así recobres tu tamaño normal. No te preocupes del tiempo pasado; las horas no han transcurrido ya que tuve buen cuidado en detener el péndulo del reloj de la escalinata cuando íbamos bajando.

El niño cerró los ojos, sintió que le zumbaban los oídos y que su corazón latía agitado. Plop, plin, plip, plop, plem... Comenzó a crecer. Segundos después, los abrió y pudo observar al gatito que, maullando, le rozaba las piernas.

-Vamos Fernandín, dijo tomándolo en sus brazos. Qué maravillosa aventura hemos vivido juntos.

Federico con el gato en brazos pasó al lado del reloj y después de darle al péndulo un suave impulso subió en

puntillas la escalera. Se metió en su lecho y Fernandín se acomodó ronroneando a sus pies. En esos instantes el reloj anunció la hora dando sonoras campanadas. Eran las cuatro de la madrugada; el niño y su gato estaban ya profundamente dormidos.

Fin

Federico

by Fernando Olavarría Gabler

Federico

Introduction

A young newlywed couple lived in a very very old South American city.

One Sunday afternoon they decided to go out for a stroll. That day, even though they did not have any money, they walked to the market. This market was built from stone, it had beautiful Spanish style doorways, and its “Inca” origin foundations remained intact throughout the centuries. Close to the stone arch where the entrance was located, there was an old beggar that was silently reaching her arm asking for some charity. The young couple passed by her side and before the old lady's stubborn and monotone request, the husband put his hands into the pockets of his pants and pulled the pockets out to show her that they were completely empty. The young couple was about to continue their walk when suddenly the wife noticed a strange scratch in one of her calves; she looked down quite alarmed and saw how the beggar made the sign of the cross in her leg with one finger. Then, she pulled a small wooden cross out of her sleeve and handed it to the wife. She had no idea what to do and after looking at her husband she received it with a smile.

The old lady was pointing at the horizon and when the couple looked at the sky, they saw a spectacular twilight. The sun, as a beautiful golden disc, was shining brightly projecting hundreds of different incandescent shades, such as red, orange, yellow, green, and light blue. This vision was such a delight that the young couple was speechless.

There was complete silence in the sky. The message had been given. The young woman was going to have a child and his hair would be red. Among his ancestors he would have a fairy, and she was the one disguised as a beggar right in front of the market's arch. Federico would have the privilege of accessing to a curious world. That world we have all dreamed about, but we have only known as children.

It was a late afternoon during the month of April, after tea time. The sun was hiding behind the blue mountains.

Federico was bored. His dog was angry at him, because while it was sleeping, the child had come closer very quietly, without being heard, and had introduced a willow twig into its ears. At first, Elf (that was the dog's name), had believed they were flies, but when he saw his little owner he started growling.

-“Federico, leave that dog alone!”- the cook scolded him-

He was really bored....what was there to do? He decided to walk towards the Blue Mountains, the ones that are in the same direction that the sea. He knew that since last summer, when he had been to the coast with his mother, the train had headed that way. He had also seen a lake by the foot of the mountains and a huge forest of great, black and mysterious trees.

He left through the back of the yard of his country house, until he reached a path heading towards a grass field. How happy he was with this new adventure! A soft and perfumed like wild herbs breeze was blowing and he thought that the little rabbits would have the same smell.

-How happy I would be if I understood the language of the animals- he said.

-Would you like to?- he heard a voice. The child looked everywhere and he did not see anyody.

-Don't be afraid - the invisible voice repeated - here I am!-

Federico looked at his left hand side and there he discovered a tiny man with long blond hair and a hook-like nose; he was kindly smiling and his little blue eyes made contrast with his grey skin. He was wearing long boots and an old hat with white and red stripes, worn out and long as a pointy hat.

Federico was so scared that he was speechless, he couldn't even run. He missed his mother and thought if she would be looking for him.

-I am harmless - the little man said- I knew you would come here and I wanted to warn you about my brother that is very bad.

-How did you know I would come here? -The boy asked.

-The little turtledoves that were in your pear-tree told me; since you should know I am the Blue Dwarf, friend of all the animals - Having said that, he removed from his leather jacket's pocket a black kitten with yellow eyes, that started to lick his front paws.

-He is called Fernandín and he will teach you the language of the animals, but don't show him any mouse, he's afraid of them.

-Why?! – Federico asked.

Federico

-Bah, kid! – The man grumbled – don't you see it's an enchanted cat?

Federico nodded, but he didn't quite understand the explanation.

-Well, it's time to say goodbye. Go on; go back to your house because you've been missed. Look after Fernandín, give him rice. Oh! I was forgetting the main point, be very careful with mi brother the Yellow Dwarf, because he is very bad. Goodbye! - And while he said this, the little man started to fade away into the air. The last it was seen of him were the eyes and the pointy hat.

Federico felt lonely; it was cold, and the kitten was purring in his feet and he seemed to be smiling. He decided to go back to his house and to continue the adventure the next day, now he was impressed with this meeting, since he remembered that one night in winter, when sitting near the fireplace with his nanny, she had told him tales about sorcerers that lived in the mountains, but he never believed he would meet one of them. He took the kitten and put it into his pocket and then he started walking while whistling a song. Soon, he started running and he reached the house sweating.

-“Federico, where have you been? What happened to you! What do you have there? A cat! Where did you find it? Come, come and take a shower, the water is warm”.

The kid walked upstairs holding his mother's hand.

-Mom, did you know this kitten is enchanted...?

Federico was lying down in bed.

He was tired after the adventure he had had that afternoon. He placed the kitten in his feet, on top of the bedspread, and after contemplating the flames in the fireplace; he laid his head in the pillow and closed his eyes. The sound of the wood in the fireplace and the kitten purring were the only sounds that could be heard. Soon he fell profoundly asleep but when the clock in the stairs marked 3 am, Federico woke up. The cat was still purring and he was looking at him with bright eyes.

-Federico! - He said - It is time for us to leave.

The kid was amazed that a cat was talking to him, but he was not afraid. At the end, the cat was his. He owned him. Does it matter that he could talk? He looked so nice with his long whiskers and his soft tail. He remembered Victoria, the cook, she had a mole on her cheek, with long hairs too, but they were not pretty or elegant, as his kitten's whiskers. Besides, the cook could not purr, maybe if she was skinnier she could do it.

-Do you know Victoria? - He asked.

-No – the kitten said.

-She is the cook and she can give you some milk.

- I do not like milk! – The kitten said – That is good for ordinary kittens but not for me.

Federico was perplexed. He is a strange kitten, he thought. Perhaps I have offended him.

-So, do you like mice?

The cat made a face of disgust and it looked as if his eyes were dancing.

-No! No! Federico, please do not make me bite you the tip of your nose- Having said this, he jumped on the child and licked one of his cheeks with his rough tongue.

-Let's go Federico, it is time to go.

They got out of bed and through the stairs they reached his dad's library. How big it was. All the walls were covered by books. Federico played in there all the time with his lead soldiers while his dad worked in his desk. He also remembered the castles that matched a domino game painted green that belonged to his grandfather. One time a tower he had built fell apart and a piece went missing. How sad he was! What was his dad going to say? However, he found it behind a book, the same one the cat was approaching now.

-This is it – Fernandín said. – Here it is the secret passage. Take the book Federico! Behind it there is a tunnel that will lead us to the shore of the lake in which the Yellow Dwarf lives. Take the book!

Federico obeyed and there it was! A black and dark entrance filled with spider webs and dust.

Federico

How strange – the kid thought – that door did not exist before, had it been another book? However, he remembered the blue cover with golden edges.

-But kitten! – he said to the cat- how could I enter through that hole? I am too big.

- It does not matter – the cat said- you just have to think you are getting smaller. Close your eyes and think- So, Federico did it and he started to feel a strange sensation, he could hear a noise in his ears and a strange music like the wind blowing that was getting louder.

He started to be afraid, but he did not wish to open his eyes, he covered his ears with his hands and the strange noise slowly started to decrease until it disappeared completely.

-There it is – the cat said- open your eyes.

The boy opened his eyes and he was profoundly amazed. He was the same size as the cat!

-Come on! –the cat said- Let's go in, if you are afraid grab my little ear.

They walked through some steps; water was running down the walls that were made of moist soil. They walked a long time and Federico was starting to get used to the darkness. At the distance, they saw some flickering lights.

What is that? –Federico asked.

It must be the lake's reflection. I think we have reached the beach.

Indeed, they came out of the hole and found themselves in the shore of a huge, calmed lake. The night was quiet and starred. The sound of the waves crashing in the sand was the only thing that could be heard.

At the distance a house with lighted windows could be seen. Federico and Fernandín walked that way. The kid was a little bit scared, but, he was thrilled with the adventure and he trusted his friend. After walking for a while, they reached the house and they realized that it was none other than the house of the famous evil dwarf, who was called the Yellow Dwarf. Outside there were sleeping two of his guards. They had bat wings and their faces full of pimples. They were hairless; their heads were so black they looked as if they had been spread with tar, and their noses, such noses! Their

size made Federico remember the nose of his great-uncle Custodio, but these creatures did not have the kind face of his great-uncle.

-Shhh!! –The cat told him- This is getting pretty interesting. Let's go to the kitchen, now it is when the Yellow Dwarf counts his gold with his wife.

The two adventurers went inside. How big the house looked! The walls were high and scary and shone with orange and red flashes of light, caused by a great fire burning in the fireplace. In there, it looked like a boiling pot of dark walls because of the soot. The Yellow Dwarf was eating at the table. There were large pieces of cheese, ham, bread, a roasted rooster and pickled quails. Every now and then the Dwarf zipped his wine. Federico and Fernandín were so hungry! They would have run to ask him something to eat, but they were afraid. The Dwarf was a strange little man. Both his yellow hair and his face shone as if they were metal.

He was wearing red velvet and his hands were greasy, bony, and really long. Whenever he ate, he grunted and then picked his teeth. There was an old, hunched woman; she was wearing a black hood and her face was very white because of the dust. Her eyes were big and green.

The child looked at her and up to a certain point, he thought she was beautiful. That pale face and those dark, deep, green eyes caught his attention; but she had such a hook-like nose.

The Dwarf finished eating and after burping pretty loud, he yelled:

-Alacrina, bring me the trunk in the basement!

When Federico and the cat heard the dwarf's windy noises they almost laughed, besides, they were really nervous.

The old woman went down through a ladder and she came back with a huge trunk.

-Leave it on the table – the Dwarf grunted.

The old woman began to grumble – Until when will you make carry this heavy trunk, Dwarf?-

Federico

-Shut up, you old devil woman! – The dwarf yelled.
- Why are you naming my uncle? – The witch said – Or do you want him to come and scold you?

The old woman turned the trunk on the table and the latter was covered by gold coins, big and shiny. How they shone! There were also emeralds, rubies, diamonds and other gems of different colors, big as nuts, which lighted the room.

The dwarf started to laugh and scream of joy. He filled his bony hands with the coins, enjoying the sound they made.

-Oh! My daughters, my daughters! – He said licking his purple lips.

The old woman watched him with contempt, while she ate the leftovers of the dwarf.

-Aren't you ashamed of stealing the riches from the gnomes of Crystal Mountain? – She said, but the dwarf was not listening since he had fallen asleep on his beloved treasure.

In that moment, an orange mouse emerged from the corner in which Federico and the cat were hiding. At the sight of it, the poor cat started trembling and he started to meow as loud as he could. Meeeeeeeeew! Meeeeeeeeow! Federico, in a useless attempt, covered his whiskers with his hand but the old woman reached their spot and discovered them.

-What are you doing here? – The witch asked very quietly
- We are looking for some adventures- the boy replied, ashamed

In the moment the witch saw the cat, she went paler than snow and her green eyes turned into red flashes.

-Tell me wretched kid, where did you find that annoying brother-in-law of mine?

When hearing this, the cat recovered his strengths and bit the witch's hand. Alacrina started to scream and to roll on the floor.

-It was the cat! that damned cat!! – She screamed, putting pressure in her wound through which milk was emanating. The Yellow Dwarf awoke and went towards the screams.

-Run! – Fernandín cried- Come, follow me!

Federico ran after him and they both disappeared into the darkness.

Near the house there was a forest, they ran that way and climbed a holm oak. Not long after that, they heard voices.

-Where have the gone? Not this way...

It was the dwarf and the witch looking for them, carrying a lantern. The boy came closer to Fernandín and he hugged him; he felt safer when he felt his purring. The sorcerers passed several times near the tree but they could not find them. They were also being looked for by the guards. They flew slowly with their heavy, black, bat-like wings, screaming from time to time. After an extensive search with no results, they all went inside the house.

The boy was tired, he leaned his head on the cat's fur and he fell profoundly asleep. He did not realize how long he slept; he only noticed that the sun was rising when he heard two voices on some branches of the tree. He tried to figure out who they were, but it was still dark.

-Yes – one of the voices said – this winter I have been worst with my rheumatism. All day long having my feet inside the water is not good. And these fishes of the swamps, every day more tasteless, they taste like chocolate.

Federico was surprised. What an odd character this one, to find the fishes that tasted like chocolate bad.

The voice kept talking- And what about the toads?! Mint flavored. Inedible, simply inedible!-

-The mint pills cannot be eaten because they make cavities on your teeth. – Federico said out loud, remembering what his mother had said.

There was a silence and then the voices started to gossip.

-Did you hear that?

Federico

-Yes! I think it came from over there
-Who is there? – A deep voice asked
- It is me, Federico and the cat Fernandin

When he heard his name, the cat woke up and started stretching.

-A cat? – the two characters asked

-Are you two cats?

-No, just one – Federico answered

-And the other one?

-The other one is me

-Ok, Ok... who are you? – the voices asked, quite annoyed

-Just say it

Federico was nervous

-Tell them you are a prince! – the cat yawned, closing his eyes

-That's it... I am a prince!

-A prince?! – The voices cried- A prince on top of a tree? Aren't you lying and you are an acorn?

-No. He is a boy- The cat cried, a bit grumpy

-Oh, ah! A little prince. Forgive us for mistaking you. Tell us little prince, what are you doing up here in the tree?

-We are hiding from the Yellow Dwarf – the cat answered

-Ah! He is very evil, and his guards eat newborn dogs.

The sun was rising and Federico could see that the voices belonged to two beautiful white herons. They were so pretty!

-And what are your names? – Fernandin asked

-My name is Ernestina – one of them said – It is getting clearer, it is time to go.

Federico felt sorry when they left, and he cried: Wait! Wait! Take us with youuuuu!

The herons flew really high and they answered:

-We cannot little prince since we are going towards the sea. Goodbye!

Federico's eyes were filled with tears. –Take us with you!- he cried distressed – we are very light!

The herons started to come down slowly and they reached the tree again.

-Ok, Ok, do not be sad little prince – they said- We will take you on our

backs. Cover yourselves with our feathers because up there, above the clouds, it is really cold.

The boy and the cat hopped on their backs and the herons started their journey again. They flew vigorously and the forest and the Yellow Dwarf's house was becoming smaller and smaller. The lake looked like a mirror. The wind was blowing and it was so cold!

Federico covered himself with the soft and warm feathers of the heron but he left his head outside. Down, there was the other heron with the cat.

-Fernandin! – he cried- I am here! –The joy was such that Federico wanted to laugh and to sing as loud as he could – Look how we fly!

The herons looked happy as well and one of them started laughing, in its own way. – Crack, craaaaack, craaaaack!

It was getting colder and colder. Suddenly, they reached some clouds and Federico could not see his friend any longer. He hugged his partner's neck and closed his eyes. How delightful all of this was! He just felt the wind and the mist touching his head, the warm body of the heron, and the flapping of its wings.

They flew several hours and it was around noon when the birds stopped to get some rest at the top of a rocky mountain. The sun was warm; the two travelers hopped off and they stretched their legs. They were hungry and thirsty.

-Come – the cat said- I hear the sound of water over there.

Our friends ran towards a gully with a river. On its shore, an apple tree without any leaves was growing with beautiful, big, red apples.

-I think I know this place – the cat said – It is the Diamond bird's apple tree. Here, your thoughts come true.

Federico started thinking how this Diamond bird would look like since he would like to meet him. While he was thinking this, he saw the place lighting up with a white light and at the same time a very soft and beautiful music could be heard, though it felt distant.

Federico

-Hi! – He heard a voice coming from the tree

Federico looked that way and he was amazed by a bright glow.

-You wanted to meet me? I am the Diamond bird.

The kid was speechless. He was so beautiful!

The bird fluttered and from his sparkling body some blinding, bright beams emerged. His body was covered in diamonds and how he shone among the red apples!

-You are so beautiful! – Federico said, with his eyes wide open.

-Thank you – The bird answered – Poor kid, you look like you are hungry and thirsty. Look! Drink this water and eat these red apples, think what you would like to drink or eat and they will taste like that.

Federico thought in those amazing cakes his mom made for his birthdays and his mouth watered instantly with that tasty flavor. After that, he wished for some fried eggs, and so, he kept eating chocolates, ice creams, strawberries with cream, cherimoyas, and other delicacies; then he drank some water, which tasted like grape fruit, eggfruit milk, and red currant syrup.

-Don't you eat, Fernandin? –He asked the cat.

-Yes, I like quince paste – answered the cat, tasting a little piece of an apple. They fed like this until they were satisfied.

-It is time to go now – the Diamond bird said – the herons are calling you. Before you go, ask me for three things Federico and they shall be granted to you.

Federico looked at the cat; he winked and started purring.

-I want that Fernandin always lives with me

-Ok –said the bird- although there will be a time in which you will be separated. What else?

-I would like one of your apples, and I wish you come to me if I am ever in danger.

-Your three wishes will be granted – the bird cried- Bye – he said and then he disappeared.

The only thing left was a tiny feather floating in the air which started to slowly fall towards the ground crashing against the tree branches. As

Federico took it his hands lit up; he then put it into his pocket.

When the herons arrived they scolded them for having taken a lot of time. “Come on, come on, we want to get there soon”. So they resumed their journey until they saw the sea. The herons landed in a long, endless and lonely beach with gold and hot sand, where the waves loudly crashed leaving a rug of white sea froth. Ernestina and her partner immediately went fishing and our adventurers decided to rest.

That afternoon was really warm so they took a nap. When Federico woke up, his skin was burning and he could not stand the heat. He decided to go for a swim and when he was approaching the water he felt a refreshing breeze that touched his skin.

-Swimming here is very nice, come! – he said to the cat, but Fernandin was not a friend of the water, he looked at Federico with one eye and he pretended to be sleeping. How could this not be interesting for the cats!

He was absorbed in his thoughts when the herons came to say goodbye

-Goodbye little prince – they said – we are going North; perhaps we may see each other again. Bye-

The birds flew away from the kid and Fernandin. While they were flying up they made some loud screeches and they got lost within the luminous horizon.

Our two adventurers started to walk along the beach. From time to time Federico picked up a sea snail, a crab leg or a starfish. They walked for a long time until they heard a really sad and tired voice that said:

-It is not good for me... it is not good for me...

-What is that? – The cat whispered- I do not know that voice

-I am here kids, very tired and very sad – the voice said

Indeed, there it was; a big sea turtle.

-Hi! – They said- why are you so sad? What is your name?

-It is not worth it and it is not good for me to answer so many questions – cried the turtle with tears in her eyes; then she stood in silence for a long time. The boy and the cat did not dare to interrupt her and with a deep sigh she said:

-My name is Adriana, but... but it is not worth it... It is not good for me!

– She cried so much that Federico, moved, took a tissue from his pocket and said:

Federico

-Here Adriana, blow your nose.

The turtle absently thanked him with her eyes puffy for all the crying.

-Tell me – The cat said – What is not good for you?

-It is not worth it –Adriana said- however, I will have to make you a terrible confession

-We look forward to hearing you –Federico said.

-The thing is that... that I need to lay eggs here in this beach that I do not like

-Well, well – said the cat- you do not need to be so upset about this

-I was used to laying my eggs in another beach and now I cannot go there –answered the turtle, crying again.

-And which beach is that? –Federico asked

-It is the beach of the Island of the Twelve Princes, but it is not good for me to go there.

-Why? –the cat asked

-Because in that beach there is a terrible ogre that is eating all of the beach's population. Poor people, poor people – Adriana cried

-Do not worry –Federico said – If you take us to that Island of the Twelve Princes, we could help you by killing the ogre.

The sea turtle looked at them speechless and with a silly expression in her face. She then reacted and started laughing out loud. How funny it was to see her laugh after all that crying. Soon, pulling herself together, she said:

-It is not good for me to laugh so much- She looked at Federico with big, red, and round eyes and said to him:

-But, how can you, boy, kill a giant?

-We will see that –Federico said- Let's go Adriana, let's go into the water! –

Having said this, they sat on top of Adriana's shell and went towards the sea. Adriana slowly crawled through the sand, but when they reached the sea she was very agile and she started swimming quickly.

-Let's go, let's go! –Federico shouted- To the island, to kill the giant!

Adriana floated like a raft and she was swimming really fast with her paws that looked like fins. From time to time she stuck her head up to guide herself and she would say, with a sad voice but calmer:

-It is not worth it. It is not worth that you risk your life little prince. After all I could lay my eggs on that other beach.

They sailed all afternoon and the night came, very beautiful and starred. The next morning they saw an island; the waves when crashing against the rocks formed swirls and the black and deep water looked like it was boiling. The two sailors held on tight and the sea turtle swam vigorously without getting tired. Soon they reached a beach in which the sand was whiter and warmer than the other one.

That morning was cloudy. While the sea turtle laid her eggs, Federico and Fernandin had for breakfast a piece of the apple that the Diamond bird had given to them. The apple had not lost its qualities of becoming into the food they wanted the most; furthermore; with each bite they took, that missing bite of the apple grew all over again.

The boy and the cat said goodbye to the sea turtle and went towards the island. They walked through a beautiful green meadow, covered with light blue and pink flowers, where all kinds of animals ate. There were goats, sheep, horses, calves, fawns, etc. What was interesting was that they had multiple colors: red, yellow, green, blue, orange, purple, white, black, and pink. Their skin looked like velvet. They had bright eyes and long hair.

Some horses had a horn in the center of their forehead, it was twisted and transparent as crystal.

-Tell me – said the cat to one of these horses whose skin was like green velvet and his hair was red- where is the city?

-Follow that road – the horse pointed it with his horn – and you will reach the castle of the Twelve Princes. – Having said this, he ran away quickly.

Along the road they found abandoned houses, ruins that looked as if they had been destroyed by an earthquake. The land started shaking in a strange way; it was shaking at the rhythm of a roar like the tic-tac of a big clock: Proom, proom, pruumm, pruumm! The noise was deafening and the land was shaking more and more, up to the point that Federico could barely stand on his feet. The cat walked cautiously and his tale ruffled with fear.

-What is that noise Fernandin? – Federico screamed as loud as he could

Federico

-I do not know! – Fernandin cried, shaking with fear

An old man walked near them carrying a bag on his shoulder and the boy walked towards him to ask him the cause of the roar. The old man was blind and he told Federico that all the inhabitants of the island were hiding or they had left because of the “people eater”. He had not run away because he was too old and did not care dying; besides, he was too skinny to be food for the giant “Childerico”. The ogre was sleeping in that moment and the roaring sound they were hearing was the beating of his heart.

Federico started feeling afraid and he wondered if he could keep his promise to Adriana; however, he asked the old man to lead him the way towards the terrible ogre. They started going up a trembling, windy hill that made walking difficult. The boy held on tight to the cat's tail in order to move forward.

-Let's rest for a while – Fernandin said. Come; let's sit in this big wheel. I am under the impression that we are already on top of the giant and that this wheel is a button of his shirt.

Suddenly the hill started moving until it was in a vertical position.
-We are in the air! –The cat screamed- Grab the button, Federico!

Then a thunder-like voice was heard:
-Who dears disturb me on my sleep? Was that you, miserable flees on my shirt?

Childerico grabbed the travelers with one of his huge hands; he was just deciding to eat them when Federico cried:

-Wait, Childerico! I have a tasty gift for you.

The giant stopped his hand and watched them intrigued.

-Who brings me a gift? – He asked- Is it something to eat?

-Yes! –Said the boy- I bring you an apple!

-Oh! An apple- Childerico said- And is it for me? Who told you I like apples? They are so tiny!

-But this is a special apple – said the boy- I will give it to you if you put us down

The ogre put them down and Federico removed the red apple, the same one the Diamond bird had given to him.

-Take it! Eat it!

The ogre took it and put it in his mouth. Federico closed his eyes and thought that apple was a deadly poison capable of killing the giant; while he was thinking that, the apple must have turned into a terrible poison since the ogre screamed so loud that big sea waves were formed and the clouds created a tempest. The giant then turned pale and took his hands into his neck as if he was suffocating.

-Water! Water! – he cried

After saying this, he ran towards the sea and with each step he made, new cracks were made in the walls of the houses.

Federico and the cat were terrified but they were relieved when they saw how the ogre, shouting loudly, was heading to the water.

All of a sudden, he shouted and dived in the waves forming great bubbles that went up in the air. Federico was covered in cold sweat and he watched his partner who was also scared, because the hair from his little paws was also wet.

-Good – the cat said- we have killed the evil Childerico, now, how about going to the castle of the Twelve Princes that rule the island?

They walked towards a beautiful mountain in which a grey castle with silver rooftops was spotted. When they were going in that direction, more and more people were gathering, leaving their hiding places. They had seen what happened and they were cheering him. “Hurray, Hurray! Here's the greatest hero in the island! He has saved us from being eaten by that glutton!” That way, our two little friends reached the gates of the impressive palace where they were announced to the princes, who received the boy and his companion surrounded by all the Court.

Later on that night, there was a banquet in a great hall in the castle. It was lighted up by torches. The cat and Federico were sitting in the most important spot in the table, surrounded by the princes and beautiful courtesans. At the end of the hall, among some curtains, there was an orchestra playing their soft melodies of ancient music. Exquisite dishes were served: soups with fragrant aroma, turkeys and pheasants in great trays made of gold, candied fruit, sweet wine, and other delicatessen.

During the feast, the diners were entertained by a group of dancers,

Federico

troubadours singing their songs, and jesters that made everyone laugh.

-Dear boy Federico – a handsome prince said, standing up – I want to toast for the happiness of our country that you have brought back. You must know that my eleven brothers and I are engaged to twelve princesses, sisters too, that live in an island nearby. The weddings had been postponed because of the desolation afflicting the island. Great is our joy now that we are getting married-

After saying this, all of the others princes and nobles stood up, drew their swords and drank with their other hand in their golden cups.

-Hurray Federico! We name you Duke of the Island of the Cake!

In that moment a sonorous laugh was heard and a slim character appeared. His blue eyes were big and nervous, his face pale and bony. He looked old since he had his head white with grey hairs; he was wearing a tight costume with white and grey vertical stripes and from his elbows and pointy shoes some bells were hanging. He was carrying a silver lute...and its strings were made of crystal.

He was the minstrel, the old minstrel, genius of distress.

Federico watched him puzzled. What and odd character he was! He inspired pity and anger at the same time.

-What do you think about this strange character? – He asked the cat

-Poor fellow, he must be really sad – Fernandin said, as an enchanted cat he could see the human soul and was not deceived by appearances.

There was silence in the room and the minstrel started speaking:

- You should know little prince Federico that my name is German, and I am really ill because of my nervous system. Oh my nerves! My nerves! – He said desperately looking at the ceiling- I cannot deal with them!

-Why are you so nervous? –Federico asked

-Ah! Little prince, Duke of the Cake, don't you see to what I am condemned? I know beautiful poetry, romantic songs to make the most elusive ladies fall in love, and I play the lute with an unlimited expertise, but, poor me! I am condemned to play in this silver lute with crystal strings. Every time I start playing the strings, in the most beautiful part of the song, they break! They break! So do my nerves!

-Poor German! – The cat whispered – He must be in a lot of pain.

-Tell me, why don't you try it now? –The boy said – Play softly, that way, the strings may resist.

So did German, and in that silence he started playing his lute gently, accompanied by his harmonic voice. He sang a lovely song that reached the deepest parts of the soul. It seemed as every face, when hearing his song, started to turn more beautiful, and the eyes sweeter. The song said:

I love you beautiful girl
As I love the flowers and the leaves
Because it is them, they remind me,
The whiteness of your face,
The green of your eyes, the purity of your soul
And the warmth of your mouth, which I do not dear to kiss.
I love you beautiful girl
As the dew loves...

In that moment a crack of glass breaking was heard and the strings fell into pieces.

-Don't you see, don't you see? – The minstrel cried- Don't you see princes, the cause of my distress, my grey hair, my shiny eyes, and my thinness?-He covered his face with his long hands and he started crying.

-My soul is really sensitive; my soul is like the strings of this lute- he said- and so is my stomach, I just eat candied chestnuts. Give me a chestnut! A chestnut please, so my sorrow goes away-

-This old man makes me nervous- one of the princes said- Lock him away in a dungeon!-

Federico was also feeling nervous and sad; he remembered his parents who he had not seen for a while. What would my dog Elf be doing? – He wondered- Surely nobody has played with him.

The soldiers were getting ready to take the old man away, when the cat told Federico – Do not allow that; it is unfair to lock German away-

The boy stood up and shouted: -Stop! Free that old, ill man because he is my friend. I, Federico, Duke of the...of the... -He turned red and leaning down he quietly asked the cat – I am the Duke of what? Was it of the

Federico

chocolate or of the meringue?

-No – the cat said, looking to the sides- It was Duke of the...of the... Bah! I forgot it too, anyway, say anything you like-

-I – Federico said rising his voice again- Duke of the Malabar Gourd Jam, I order you to leave German alone.

There was silence and some murmuring voices were heard, Malabar gourd jam? What Jam? Since when Malabar gourd jam is eaten with cake around here? There was some giggling and some voices saying “shhh”

Federico was angry and he said – Don't you know the malabar gourd jam my mom makes?

When hearing this, everyone laughed out loud and several princes hugged Federico. The cat was also laughing. What a funny boy he was, and so brave and kind! The music continued and they let go German, who was in a good mood and who sat on the table to joyfully drink and eat. The feast lasted until dawn.

The next day, the fleet left for the island of the Twelve Princesses. There were twelve ships, each one of them commanded by a prince.

After navigating all day long, they reached the island at nightfall. All of them ate together on board of the flagship, where there was the oldest of the Princes with Federico and Fernandin. A warm breeze was felt and at the distance, in the horizon, a full moon could be seen, big and silent. It was midnight when the youngest of the Princes said:

-Brothers, what do you think if we visit our future wives? I know a secret tunnel that leads to their castle.

The idea was enthusiastically received and it was ordered to go down immediately to a boat where everyone would go. So, our two adventurers joined by the princes went closer to the island of the princesses. They reached a place in the coast where there were big, pointy rocks. In one of these was the tunnel through which the sea entered. They continued navigating through the tunnel lighting the path with a lantern, until they saw a stone staircase; they docked the boat and quietly climbed the steps in a straight line; they walked for a while through a hall with spider webs and bats until they found a window. The youngest prince opened it carefully and they were so surprised when they realized they were in front of the

princesses' bedroom, with their twelve beds, covered with silk and lace. They were sleeping and the moonlight entered through the big windows. Suddenly, the bell tower clock struck two in the morning and a face was glimpsed through one of the windows. It was a green and long face, with sinister eyes, that was partially covered by a black hood. It then disappeared as fast as it had appeared.

Many of the princes doubted the real existence of that character. Who was it? Some of them thought that it could be a ghost or a warlock, or maybe the reflection of a tree in the window panes. Once recovered from the vision, one of them opened a secret door and they quietly entered and walked towards their future wives and kissed their foreheads. They woke up, started screaming and hid under the bed sheets. Several princesses threw their feather pillows at them, making the princes fell. Federico and the cat were laughing because a pillow fight had started between the princesses and princes. Some pillows had been torn apart, covering the room with feathers. Screams and laughs could be heard until everyone was tired after playing so hard.

Then the princes gathered around and taking a bow, they introduced Federico and Fernandin to the princesses. How funny they all looked, covered with feathers and with their outfits unkempt! The beautiful princesses hugged and kissed the boy and they were really happy to meet him.

The princes asked them if they hadn't had a strange feeling, a dangerous sensation while they were sleeping and all of them said they had dreamed about a strange character that entered through the window and took them away. They said that had caused them a lot of fear. The princes did not tell them they had seen that character, in order not to frighten them. They said goodbye, thinking of returning the next day at the same time to spy them, and they left the same way they had arrived.

The next day they were all in that spot near the princesses' bedroom, vigilant in case they saw anything. They looked for a long time the window, but the vision did not show. Time went by and some of them were already sleeping, when the cat moved his ears and stared at the window with big eyes. Federico woke up and got closer to Fernandin.

Federico

-I think – Fernandin said- That something is coming. I believe it is flying through the air-

Indeed, seconds later, the evil faced showed up and started watching the princesses. Federico woke up the princes and they all saw how the dark shadow quietly entered through the window and walked to the center of the room. Its face was green and dark; it was wearing a long and black garb, with a pointy hat and a bag on its shoulder. The figure opened the bag and removed twelve furs with its feathers; the furs were from white swans. Then, with a stick, it made a circle on the ground causing some flames, and it pointed at the furs and said:

-My daughters! I command it, follow me into my lair!-

The princesses, still asleep, rose from their beds and put on the warlock's furs. They were turned into beautiful white swans immediately and they started flying around. The warlock was waving his arms in the air trying to caress the swans.

The horrified princes ran into the bedroom to destroy the warlock, but they couldn't get any closer because of the heat of the flames. Some of them were burning their hands and hair, but they couldn't move forward. The green faced warlock was laughing while seeing how the swans bumped against the curtains and walls, and when he saw the princes, he pointed at them with his magic stick and turned them into black swans. After that, he went out through the window followed by all of them.

Federico and the cat were left alone, looking through the open window how the swans disappeared in the horizon. The moon was high up, the night was starred, and the sea was calmed and quiet. The boy was very angry and he felt so alone he started crying.

-Don't cry – the cat affectionately said, licking his cheeks with his rough tongue, but the boy was hopeless and he decided to call the Diamond bird.

Federico thought of his kind friend for help, and removing the little feather from his pocket, he called him several times. Moments later, the room was lit up and the feather was transformed into the wonderful Diamond bird.

-Do not be sad my good boy- he said- because I am going to help you find your friends. You should know that the green faced warlock is really powerful when it comes to enchantments; he lives in a faraway island with all the creatures he has collected. I will give you some pieces of advice. Do not accept any gift he offers you, do not answer any question he asks, and do not eat or drink anything while you are in his domains-

Federico promised not to forget those pieces of advice and he asked the bird the way to the island.

-I will deal with that – the bird said- go back to your ship and you will find the crew and its captain sleeping. Goodbye! - After saying this, the bird disappeared, leaving everything the same as it was before.

-Let's go Fernandin- the boy said to his friend- and they walked towards the flagship.

Everything was in complete silence, it could only be heard the squeaking of the wood and the swinging of the ship in the night.

-Is there anyone up there...? – Federico cried. There was no answer- Eh! We are here! Federico and Fernandin...! – But nobody answered.

-Wait – the cat said – I will try to go up- Indeed, he jumped and grabbed with his fingernails the ship hull and started climbing. Soon, he was up there and looked down licking his whiskers.

-Nice job Fernandin! –He applauded. The cat threw a rope for the boy to climb too.

Once they were on board, they could see the crew profoundly asleep. Everything was calm; the only sound was the snoring. All of a sudden, the wind started blowing, stronger and stronger. The anchors were raised, the sails were set, and the ship started sailing with an unknown course.

The wind was strong. Federico and Fernandin took shelter in the dining room below deck where they ate and drank abundantly. They navigated for several days, among the crew's snoring and the whistling of the wind. The sea was agitated and it covered the deck. The wind turned into a hurricane and the ship barely touched the surface of the water, until it started flying through the air at a considerable height, and so they quietly navigated for several weeks.

Federico

They were flying very high in the sky. The stars and the moon seemed really close and big. Everything was quiet; the only sound was a soft weeping, as a woman crying. The ship was calmly navigating; Federico and the cat were entertaining themselves by watching the meteorites running through the sky. That was how they saw at the distance, an immense island surrounded by vaporous green, red, and yellow clouds, which center had a huge castle with pointy towers. The closer they got everything seemed to glitter with colors, and when the ship got to shore; they realized the sand was made of burned sugar cubes. While they were walking towards the luminous castle, they could see beautiful trees with candy trunks and all sorts of sweets in its leaves and its fruits. Cakes, ice creams, candied fruits, etc... There were rivers of condensed milk, cocoa, honey, and vanilla cream, and instead of pebbles there were exquisite pills and chocolates filled with liquor.

Federico's mouth was watering when seeing all of this, but he remembered the Diamond bird's advice so he pressed his lips together and he continued his path. They reached the castle's doors and they went inside. The rooms were enormous and the walls were made of gold and silver and they were covered with precious stones and big curtains. The two adventurers continued their way to the inside of the lonely castle through a big gallery of fine marble columns. To the sides there were beautiful gardens and fountains with crystalline water. At the end of the hall they found a huge golden door. Federico stopped in front of it and started thinking how to open it.

-Do you wish to open the door? – A voice said

The boy looked everywhere and he discovered the voice, it was a black raven that was in an orange tree near the door.

-Do not answer it- the cat whispered- Remember what the Diamond bird told you-

The raven pecked an orange, flew towards the kid and it offered to him.

-Do you want this orange? It is really tasty. Eat it.

Federico really wanted to accept it, but he bit his tongue and looked elsewhere.

-What a foolish boy you are! –The raven said- You don't answer me...I

am dull, I am leaving! – It flew away and it was lost behind a wall.

Soon, another bird arrived. It was completely red; it jumped and it moved its tale in a funny way. It had light yellow eyes and it seemed to be smiling.

-Hello! –It said- I am the optimistic bird, and you? What's your name? I love crumbs-

As Federico was not replying, it turned even more red and angry and it started yelling.

-Crumbs! I want crumbs!

Federico and the cat started laughing and because of the laughter and the bird's squeak, more birds from the other trees arrived. All of them had beautiful colors. They got together on the tiles, around the boy. How pretty they all were! They were not afraid of Federico, and chirping joyfully they stood in the boy's hands and shoulders asking him for something to eat. Then, a soft and melodic music was heard and the big golden door started to open. The scared birds flew away; Federico and his partner entered and found themselves in a massive room, made entirely of marble, lighted by a big crystal lamp. In the middle of the room there was a fountain. The floor was made out of black and white tiles. There was also a divan and a low table, decorated with a tablecloth. On top of it there were all sorts of delicatessen and delicious liquors in fine carved glasses.

Federico was really tired and hugging his friend he fell asleep. He dreamed that in a corner of the room there was a secret passage that was accessed through a hidden button behind a curtain. The boy woke up alarmed and he told his dream to Fernandin.

-Let's see if it's true – the cat said, stretching and yawning- Shouldn't we wait until sunrise, though?-

-Haven't you noticed it is always dark in here? – Federico said. He reached the curtains where the button allegedly was.

Indeed, there it was. When pushing it, a black tile moved and some stairs appeared. The two friends went down and reached another pretty room that had access to a garden with a lagoon. In the lagoon there were silently swimming twelve black swans and twelve white ones. The moment the animals saw them they reached the bank of the lagoon and they looked at them with a sad expression. Tears were streaming down their faces, but they

Federico

were speechless. Federico hugged them and kissed all of them since he realized he had found his friends, the princes and enchanted princesses.

Suddenly a voice calling him was heard: Federico! Federico! The boy looked around, but he found no one.

-Look up there- the cat said-

The voice was coming from a window in the palace. There, the green faced warlock was standing.

-I have a nice gift for you- he said. He started climbing down through the vines in the wall with a little horse underneath his arm. Once he was in front of Federico he left the horse on the ground and he started winding it up with a golden key. It looked lovely! It was made of shining steel and its eyes were blue. When he stopped winding it up, the little horse started neighing and moving its tale nervously as it was going to start running.

-Ride it – The warlock said- He can take you anywhere you want through the air-

Federico and the cat winked an eye and the latter asked:

-Can we try it before you give it to us? So we can see if what you say it's true-

The warlock turned pale green with rage and it looked as if his eyes had sparks, but then, recovering his normal color, he kindly said with a smile:

-Ok, try it if you wish, before I give it to you-

Federico and the cat got on the horse and when they spurred it, it neighed and started galloping through the air.

-What a nice toy! –Federico cried- but, we cannot accept it because the Diamond bird told us not to accept any gift from this island.

After they circled around above the garden, they went down where the warlock was and Federico ceremoniously said:

-This gift is really pretty, oh olive faced warlock, but I am not accepting it since I do not like you-

The warlock turned yellow and screaming, he said:

-Damn boy and your filthy cat! You have got rid of all the temptations I have on my realm! Suddenly a terrible crack was heard, as a big mountain had been split in two. From the colorful clouds surrounding the island, a

lightning struck upon the warlock, deadly wounding him.

-You have defeated me! –The dying warlock cried. He started burning, a lot of smoke appeared, as when water is thrown into a bonfire. From the wounds caused by the lightning, plenty of green tree sap was coming out, sticky and transparent. The warlock started to fade away and as he was vanishing, the swans were transforming into the princes and princesses who, crying of joy, hugged Federico and Fernandin.

The beautiful colored birds were transforming too, into dukes, countesses, and marquises the warlock had captured.

The island was still squeaking and a terrible earthquake caused cracks through which liquid gold emerged.

-Quickly! Quickly! – The cat screamed- to the ship! This island is about to disappear!

Everybody ran passing the lovely galleries while the lightning and thunderbolts announced the fatal end of that place.

Some precious stones trees were destroyed in the ground and the castle walls, with big cracks, were about to fall.

Federico did not want to leave his steel horse so he held it underneath his arm and he ran behind the cat, but he forgot the golden key. They reached the ship and as soon as they were on board, the anchors were raised, the sails were set and they slowly left the island behind. They watched how the palace burned and shortly afterwards a terrible noise was heard and the castle exploded into a thousand pieces that were lost in the dark and silent night.

The ship navigated for several days through the sky until the hurricane-like wind started blowing again and drove it back to the sea. After several weeks, they reached the princesses' island. They were greeted joyfully and the weddings were celebrated immediately. The party lasted for twenty days. Federico and Fernandin were lavishly entertained for this new feat.

The boy had not been able to forget German's sadness (the minstrel) and one day, he cut off some of the little steel horse hair, he gave it to him in order to replace the crystal strings of his lute. German was happy with this gift and since then he played lovely songs that brought joy to everyone.

Federico

One morning, Federico was playing with his steel horse in the main square when he decided to leave.

-Get on- he said to his friend Fernandin- I feel like going back home.

He spurred his horse and they flew away. They travelled among the clouds for a while, until one night, they saw some blue mountains and then a lake. In that moment, the horse started to slowly flying down and some smoke could be seen underneath his tail.

-We are falling down! It has run out of battery! - The cat cried. The water surface was getting closer and closer and Federico spurred his horse without success. Moments later, they fell into the lake and the horse sank forever. Federico reached the surface and he saw the cat desperately trying to swim.

-Let's go to the shore- The boy said and he helped Fernandin to get out of the water. Soon they reached the beach and they could see they were close to the Yellow Dwarf's house.

-Let's go to that tunnel. It will lead us to the library before we are spotted by the dwarf's guards- Fernandin said

Indeed, the two vampires had heard the noise and they were already flying around there. Their black bat wings and their screeches felt close.

-Crock! Crock! Crock! -They shouted still half sleeping.

Federico and Fernandin watched them from the tunnel. All of a sudden, one of the guards saw them and he landed and started pecking inside the tunnel, causing a mess of rocks and dirt. Fernandin and the boy mocked the loser bird and then, turning their backs at it, they ran through the tunnel.

After a few hours, they reached the other door again, the one leading to his dad's library, and they jumped inside.

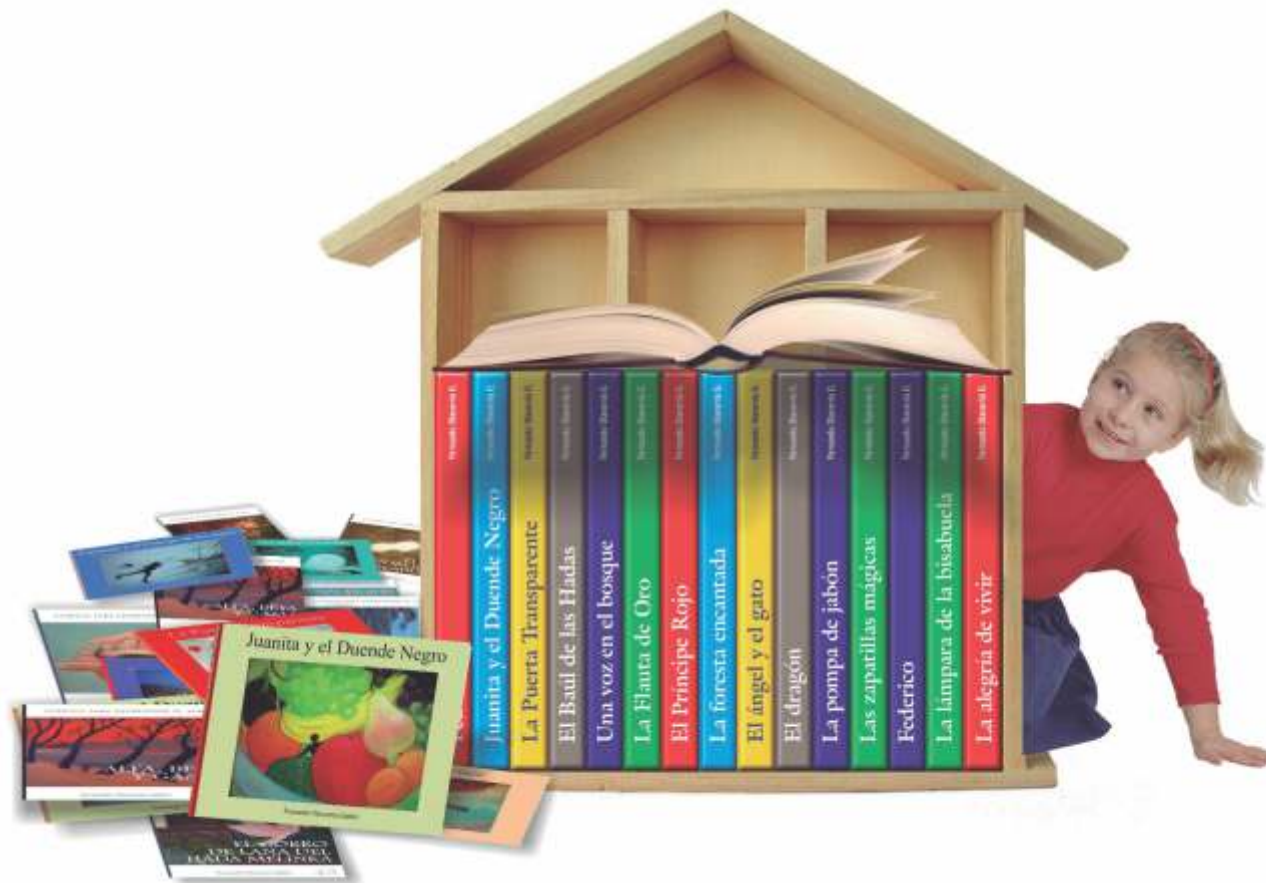
-Now, the cat said- Close your eyes Federico, so you can go back to your normal size. Do not worry about the time that has gone by; the hours have been the same since I minded to stop the pendulum of the stair clock when we were going down.

The boy closed his eyes, he felt his ears buzzing and his heart agitated. Plop, plin, plip, plop, plem... He started growing. Seconds later, he opened his eyes and he could see the cat softly touching his legs.

-Come on Fernandin- he said holding him in his arms- What a wonderful adventure we have lived together-

Federico, with the cat in his arms, walked pass the clock and after pushing the pendulum, he went up the stairs on his tiptoes. In that moment the clock struck giving sonorous bells. It was four in the morning; the boy and his cat were already profoundly asleep.

The End



Puedes leer más cuentos de esta colección
entrando a www.cuentosdefederico.com

“Federico” de la colección de cuentos “Las asombrosas aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos”

La literatura infantil se ha visto enriquecida con la aparición de esta colección de cuentos para niños. Al leerlos, no sólo nos ha llamado la atención el estilo sencillo, directo, sobrio y culto, que enriquece el vocabulario del joven lector, sino también, la belleza de las imágenes y lo apasionante del relato, que hace que el lector se interese y aun, que se identifique con las correrías del protagonista, hasta el punto de vivir como propia la aventura allí narrada.

Una gran diferencia con las grandes obras de la literatura infantil, pero que por eso mismo sitúa a ésta entre aquellas, reside en la finalidad que ha tenido el autor de estos cuentos. Son cuentos que están dirigidos a los niños. Su intención es, no sólo distraerlos, sino también, darles a conocer la riqueza de la naturaleza humana, exaltar sus valores positivos y rechazar la fealdad de otras aristas no tan bellas de ella. No existe, en estos cuentos, una tercera intención que deba leerse entre líneas, ni existe en ellos otra finalidad de mayor complejidad, como en el caso de cuentos tan bellos como *Alicia en el País de las Maravillas*. Es, precisamente en ello en lo cual radica su mayor mérito y valor educativo.

Esta doble finalidad se ha logrado con pleno éxito. La lección educativa, que el cuento encierra, es captada por el lector sin mayor dificultad, y así es que, al identificarse con el protagonista, hace suyos dichos valores de lealtad, honradez, valentía y rectitud que en ellos se exaltan.

Hay quizás una enseñanza, que tiene gran importancia, pero que sólo es asimilada inconscientemente por el lector. La imaginación, esa potencia del alma humana, que lo hace viajar por parajes tan bellos y lo hace vibrar de emoción, es una realidad interior, a la cual, cada uno de nosotros, tiene acceso si se descubre aquella puerta misteriosa, que se encuentra detrás de ese mundo agitado que nos rodea, en el silencio de la vida interior de cada persona.

Los cuentos aquí presentados, no sólo constituyen una obra de arte literario. A esto hay que agregar el arte pictórico, con el cual el autor ha querido completar su obra. Su pincel, al igual que la pluma, brinda en las ilustraciones aquí reproducidas, cuadros de verdadero valor artístico.

Estas ilustraciones ayudan al niño en su aventura y lo guían hacia donde el autor quiere llevar sus pasos. Al mismo tiempo, lo hacen enriquecer la representación imaginativa de las escenas del cuento aludida por ella, con una riqueza de forma y color de gran belleza.

Aquellos que se preocupan por la educación de los niños, no podrán dejar de ver, en estos cuentos, un aporte valioso a la enseñanza artística y literaria de ellos. Imagen y palabra, color y símbolo, se unen armoniosamente para enriquecer interiormente al lector. A través de estos instrumentos, el autor transmite aquellos valores que lleva consigo y que ha logrado estampar magistralmente en esta obra de arte literaria y pictórica.

Hay que sumar a ello la exaltación de valores y normas de vida, que dicen relación con la formación de aquellas cualidades que hace a los grandes hombres de ahora y de siempre y que, hoy más que nunca, nos parece necesario llamar a imitar.

Las virtudes de esta obra que hemos comentado, nos ha llevado a aceptar el honor que se nos ha hecho al pedírsenos escribir estas líneas introductorias a tan bella y valiosa obra, que no sólo recrea, sino que educa recreando y recrea educando.

Pablo Wiegand Garnham

Master of Arts in Comparative Education
Institute of Education, University of London.

Las asombrosas
Aventuras
de Federico
Y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tararí Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El volantín tricolor y el conejo con hipo
44. Maravilloso
45. Adelina